

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



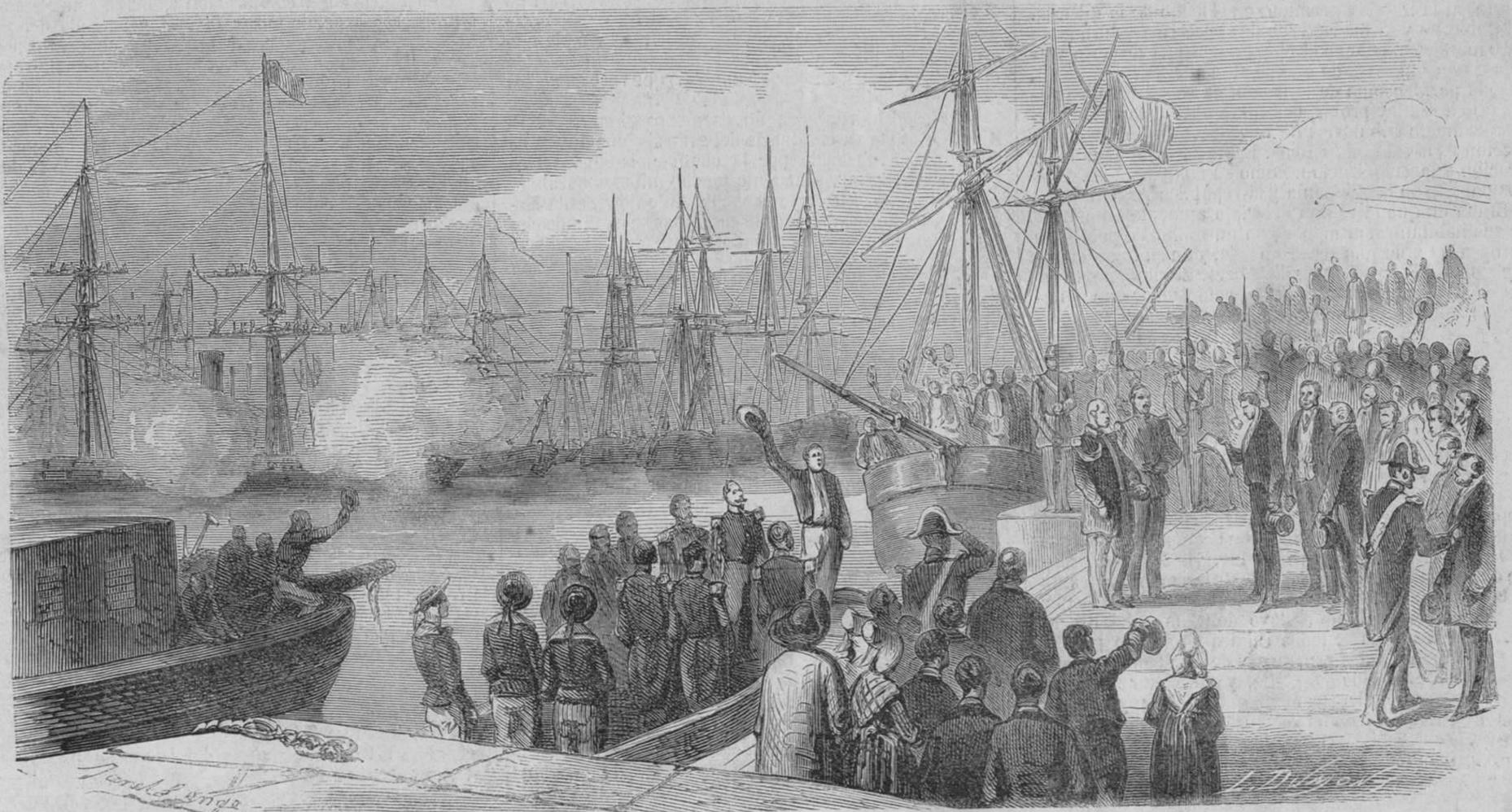
1864. — TOMO XXIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saunier, núm. 4, en Paris.

AÑO 23. — Nº 574.



Llegada del mariscal Forey á Saint-Nazaire : el *Panamá* doblando la punta de Villez-Martin.



Desembarco del mariscal Forey en Saint-Nazaire.

SUMARIO

Llegada del mariscal Forey á Saint Nazaire; grabados. — Relaciones políticas y económicas de la Alemania con los Estados del Plata. — Viaje á Oporto del rey y la reina de Portugal; grabado. — Visita del rey de los helenos al navío almirante inglés en el Pireo; grabado. — Supersticiones druidicas en la Baja Normandía; grabado. — Inauguración de la fábrica del gas en Nápoles; grabado. — Revista de París. — El espectáculo de las carreras. — Exposición de bellas artes aplicadas á la industria; grabado. — Los baños de Balaruc; grabados. — Fiestas de Navidad; grabado. — París y Londres en 1793. — Los enfermeros voluntarios; grabado. — Mapa de los ducados del Schleswig-Holstein; grabado. — El trapo viejo; grabado. — Una visita á la Malmaison. — La fiesta del día de Reyes en París; grabados. — Problemas de ajedrez; grabado.

Llegada del mariscal Forey á Saint-Nazaire.

El 11 de diciembre á las ocho de la mañana llegó á la vista de Saint-Nazaire la fragata *Panamá*, que traía á bordo al mariscal Forey, y al punto se empavesaron todos los buques que estaban en la rada.

Como la marea estaba baja, la fragata no pudo arribar hasta las cuatro de la tarde.

El mariscal fué recibido por el alcalde de Saint-Nazaire, quien le dirigió una alocución, á la cual contestó Forey algunas palabras con una emoción profunda.

Escortado por una numerosa muchedumbre, el mariscal pasó en seguida al hotel Bely. Le dieron un banquete oficial en el Círculo marítimo, y al otro día salió de Saint-Nazaire con dirección á París. P. P.

Relaciones políticas y económicas

DE LA ALEMANIA CON LOS ESTADOS DEL PLATA Y LA REPUBLICA ARGENTINA, Y DE LA EUROPA CON LAS DEMAS REPUBLICAS HISPANO-AMERICANAS (1).

Memoria leída en la sesión de la Sociedad geográfica de Berlín el 3 de julio de 1863 por el doctor en derecho don José F. Lopez, antiguo subsecretario del ministerio de Relaciones exteriores y secretario que fué de la legación de la república Argentina en París.

La América civilizada es la obra de la Europa, y sus destinos quedarán siempre incompletos, mientras ambos continentes no complementen su misión providencial en beneficio de la humanidad.

Esa misión es solidaria, y consiste en la civilización y virilidad política del uno por medio de la población europea, y el bienestar del otro por medio de la riqueza y equilibrio económico.

El pauperismo de población en América y el pauperismo del pueblo en Europa son las dos causas que engendran la anarquía allí, el malestar y el despotismo aquí; pues ni el gobierno puede echar raíces en el desierto, ni la libertad germinar en el lecho de la miseria. El gobierno y la libertad son dos parásitos que mueren ó se marchitan cuando el pauperismo y el desierto vienen á secar la savia de que se alimentaban.

Esta perturbación de la economía social tiene su remedio en esa ley providencial que hace á dos países recíprocamente tributarios de una necesidad, cuya satisfacción es la salud de ambos. Esa necesidad es la emigración y la colonización, como su complemento. Esos dos países son la Alemania y la república Argentina.

El día en que la región del Plata aumente el número de sus habitantes, al menos con un millón de población europea, la anarquía será sofocada, y en su lugar surgirán gobiernos fuertes y civilizadores. El movimiento industrial, mercantil, migratorio y colonizador que aquella población democrática imprimirá al país de su origen, producirá una regeneración liberal en los espíritus y una revolución económica en los intereses, que emancipando gradualmente al pueblo del despotismo de la miseria, lo habiliten para alcanzar y asegurar la existencia de un régimen liberal representativo.

Este beneficio recíproco del consorcio moral y material de los pueblos es la ley del progreso de ambos continentes; pero esa ley obrando hasta hoy casi exclusivamente en una sola dirección, busca ahora toda la amplitud de su desarrollo al favor de acontecimientos que deben transformar la condición económica y política de la América, — la guerra de los Estados Unidos, — ese duelo á muerte en que se discute la causa más santa de la humanidad, la abolición de la esclavitud, — que terminará con el último esclavo de Cuba y del Brasil.

La guerra de los Estados Unidos ha venido pues á fijar las miradas y las esperanzas de la Alemania en la región más favorecida del globo, y que mejor responde al porvenir económico nacional que hasta hoy ha buscado estérilmente con el sacrificio de millones de sus hijos y de sus capitales perdidos para la madre patria en exclusivo provecho de otra nación.

Ese país, que puede llamarse la tierra de promisión

señalada al emigrante alemán, es la región del Plata (1), el complejo territorial más fecundo, variado y grandioso del continente de América, y que dotado de un admirable sistema fluvial que envuelve en su vasta red el centro y los confines de tan dilatada región, está llamado á ser definitivamente el emporio de la emigración, de la colonización y de la actividad industrial y mercantil de Alemania. Si así no sucediese á pesar del penoso y mediocre porvenir de la emigración en los Estados Unidos y el Brasil, debe atribuirse á esa fatal ley del espíritu de rutina que retardando por siglos el progreso de la humanidad, hace necesaria toda la potencia de una revolución para avanzar un paso en el camino de sus destinos.

Los de la región del Plata y de la Alemania están llamados á completarse mutuamente. Este hecho está escrito en la geografía y en la constitución liberal de ese país, — la combinación más feliz de la naturaleza y del estadista en bien de la civilización, — como resulta del bosquejo de ambas.

La fisonomía de la república Argentina, fuertemente acentuada por rasgos tan variados como gigantescos, ofrece el aspecto más interesante al estudio del geógrafo, del geólogo, del botanista, y sobre todo del hombre de Estado que contempla los recursos de futura grandeza y poder que se abrigan en las entrañas de tan vasto país.

Su extensión desde los 22 hasta los 52 grados de latitud Sur, inclusive la Patagonia (35,000 leguas), forma una superficie de 110,000 leguas, ó lo que es igual, un territorio casi tan extenso como los Estados Unidos. La variedad de la formación geológica de ese país y el considerable número de grados en que se extiende, han reunido en él las diferentes facciones, climas y productos del globo en los tres reinos con una exuberancia singular.

Una de esas facciones prominentes son las pampas, ó estepas, — aluvión formado sobre un golfo primitivo no inferior al de Méjico, como lo justifican los fósiles y restos marinos observados por el célebre naturalista M. Darwin. Estas estepas forman mares de verdura que el indígena surca, estudiando al favor de la aguja de marear y el movimiento sideral la ruta que debe seguir su corcel, — la nave del argentino en las soledades de ese Océano, como el camello lo es del árabe en los desiertos de Sara. Mas las olas y borrascosas montañas de arena que este agita en su seno, son allí substituidas por la suave ondulación de una planicie cubierta de césped que se extiende desde las orillas del Pilcomayo hasta las del Río Negro y desiertos de la Patagonia; es decir, 30 grados de latitud y 3 1/2 de longitud, sin que este plano horizontal sea alterado por otro accidente que los dos sistemas fluviales: al Sur, los ríos *Primero*, *Segundo*, *Tercero*, *Cuarto* y *Quinto*; y al Norte, los ríos *Pilcomayo*, *Bermejo*, *Juramento*, *Dulce*, *Colorado* y *Negro*. Estos ríos son en su mayor parte navegables, y fertilizan las comarcas mediterráneas, poniéndolas al mismo tiempo en comunicación con los afluentes del Plata.

Mas en medio de aquella dilatada sabana se levantan hácia el Occidente en una extensión de 25/4 millas las sierras metalíferas de Córdoba y San Luis con sus inmensas masas de granito, que pueden considerarse como una ramificación de la cordillera de los Andes.

Esta muralla colosal, única en el globo, se halla interpuesta entre la Pampa y el Océano Pacífico, extendiéndose en una elevación de 4 á 5 mil metros casi de polo á polo desde un extremo hasta el otro del continente de América: sus volcanes contrastan con la nieve eterna de sus cimas y con el imponente espectáculo de ventisqueros y aludes (*avalanches*) que recuerdan los Alpes de la Suiza.

La región hidrográfica no es menos gigantesca. El Río de la Plata es el estuario del gran sistema fluvial de Sur-América, formado por la confluencia de los ríos Paraná y Uruguay. Cincuenta y ocho millas más abajo de aquel punto entre los cabos San Antonio y Santa María, el prodigioso volumen de sus aguas se confunde con el Océano, formando una embocadura de 110 millas; es decir, el río más ancho del globo. Su superficie de 4,200 millas le da el aspecto de un verdadero mar con olas y tempestades según la corriente de los vientos; fenómeno que se repite proporcionalmente en sus tributarios el Paraná y el Uruguay, los cuales tienen respectivamente 900 y 2,400 millas de largo y de 6 hasta 9 de ancho. Estos ríos han sido comparados con el Misisipi y Missouri de Norte-América, y el Paraguay con el Nilo, pues ambos tienen su origen en la región tropical, y al desembocar forman un delta casi á igual distancia del Ecuador.

Pero el delta del Plata es un verdadero archipiélago de innumerables islas engalanadas con frondosos árboles, como el *durazno*, el *naranja* y el *sauce lloron*, cuyas copas espesas y visadas se columpián sobre el césped, *matizado de flores y aromas*, formando una bóveda que se mece al aliento de las brisas perfumadas. Las sombrías grutas de esta naturaleza, aun no profanada por la mano del hombre, hacen creer al turista que se encuentra en la tierra descrita por Goethe en sus célebres versos.....

El reino vegetal de la república Argentina representa con admirable feracidad todas las producciones de la zona tropical y templada, excediendo muchas veces en calidad á las del Brasil y Estados del Sur de Norte-América, como se ha observado en el tabaco, algodón, añil, cochinilla, arroz, trigo, caña dulce, viñas y otros arti-

culos de valiosa importancia para el comercio y consumo interior del país. Si todos estos productos no figuran todavía en la exportación para hacer concurrencia á los del Brasil y Estados Unidos, es porque el solo número de esclavos de cada uno de estos países (4 millones) es tres veces superior á toda la población de la república Argentina, cuyo millón y medio de habitantes esparcido en una superficie de 80,000 leguas cuadradas, no puede proveer por sí solo á la explotación de sus innumerables recursos.

Mas el día en que la inteligente laboriosidad del alemán ocupe allí el puesto que le señalan los intereses de la industria y del comercio, entonces la república Argentina será una nación mercantil de primer orden en Sur-América, sin que sea detenida en su vuelo ni por el cáncer de la esclavitud que ha convertido en un lago de sangre á los Estados Unidos y amenaza desmoronar al Brasil, ni por las fiebres endémicas que son el azote de ambos países; pues la salubridad de la región del Plata es un hecho confirmado por todos los extranjeros que han residido allí.

No solo el reino vegetal, sino también el animal y mineral abren sus inagotables tesoros á la industria del extranjero. Las crías de ganado vacuno y lanar se multiplican con extraordinaria rapidez, sin otro alimento que el de las praderas, tan favorables á su desarrollo que se duplica el ganado bovino en dos años, y el ovino en tres. Estas crías representan fuertes capitales, no solo por su crecido número, sino también por el cruzamiento y mejora de las razas.

De Europa se introducen frecuentemente ovejas, merinos, cuyos establecimientos son dirigidos generalmente por irlandeses, hijos del país, á los cuales se han agregado últimamente varios alemanes criadores de ovejas.

Millares de rebaños y de animales que pueblan los desiertos y campos argentinos proveen al comercio exterior con una fuerte cantidad de lanas y pieles valiosas.

La región mineral es rica en hierro, cobre, zinc, plata, oro, mármoles, y algunas veces en piedras preciosas. Estos minerales se encuentran principalmente en las provincias de Córdoba, San Luis, San Juan, Mendoza, Rioja, Catamarca y Salta, cuya explotación, aunque es productiva, no puede sin brazos y capitales extranjeros alcanzar todo el desarrollo que reclaman sus veneros. Es digno de observarse que en el solo punto de Famatina se encuentran minas de oro, plata, cobre, topacios y cristal de roca.

Cada una de las catorce provincias que forman la república Argentina tiene productos diferentes para alimentar la industria de algunos millones de habitantes.

No podemos con este motivo dejar de mencionar uno de los países más bellos, ricos y productores de la América del Sur, — el Estado oriental del Uruguay, — república independiente situada en la orilla izquierda sobre el estuario de la Plata. Su posición en la puerta de este gran río, la admirable feracidad y salubridad de su territorio y la proverbial hospitalidad de sus habitantes, le asignan un lugar distinguido en el comercio interior y exterior de aquella región.

Es digno de citarse el juicio del señor doctor Carlos Müller sobre este país: « Sería muy difícil que pudieran repetirse en nuestro planeta condiciones tan favorables á la prosperidad de millones de habitantes como las del Estado del Uruguay. »

La emigración y colonización alemana comienza allí á prosperar impulsada por la favorable acogida del gobierno, que para alimentar ese elemento precioso de prosperidad, ha nombrado cónsul general de la república en Prusia al señor Sturz, la persona más competente para trabajar en bien de los emigrantes y de ese país, en que podrá llevar á cabo su sistema de emigración alemana, madurado por largos años de abnegación y esfuerzos infatigables con que ha contribuido al desarrollo de la población del Sur del Brasil. Son conocidos los trabajos del señor Sturz veinte años há en promover el desarrollo del comercio europeo y particularmente alemán, combatiendo las dificultades que surgían después contra su libre navegación.

Ella ha abierto al comercio del mundo los países más ricos y extensos de la América del Sur, como lo observa muy bien el señor Carlos Andru en su obra *Buenos Aires y las provincias Argentinas*; Leipzig, 1856. « Las tierras que comprende la región del Plata, dice el escritor alemán, el Estado de Buenos Aires, las provincias de la confederación Argentina, el Uruguay, una parte del Sur del Brasil, Paraguay y una parte de Bolivia, pertenecen á las más bellas y fructíferas del globo, capaces de una población de cien millones. »

La extraordinaria profusión con que la naturaleza ha acumulado allí sus tesoros, revela la grandeza de sus destinos.

Ellos esperan solo que la mano de la civilización mueva la palanca de la naturaleza. Esa hora acaba de sonar con el golpe de pico dado por el general Mitre, presidente de la república Argentina, al inaugurar los trabajos del *ferro-carril central argentino* del Rosario á Córdoba, cuyos rieles se prolongaran más tarde hasta las provincias del Norte, — Santiago, Tucumán, Catamarca, Salta y Jujui.

De este modo el ferro-carril del Rosario con los de Buenos Aires que funcionarán en varias direcciones, forman en estos dos emporios del comercio interior y exterior argentino un doble núcleo de líneas fluviales y terrestres de vapor, cuya prolongación envolverá en su vasta red todos los confines y el centro de la república. Ambos sistemas complementándose mutuamente, harán circular la vida industrial, la riqueza y la civilización

(1) Al poner el autor en limpio esta Memoria, ha introducido varias modificaciones que no se hallan en el original alemán.

(1) Lo mismo puede decirse de las demás repúblicas latino-americanas. (La Redacción.)

en todos sus miembros, entumecidos hasta hoy bajo la presión del desierto. Este nos enviará entonces en vez de caudillaje y anarquía, wagones cargados de valiosos frutos, — verdaderos trofeos de la paz, — que nos valdrán el respeto y la consideración del mundo civilizado.

La Inglaterra, para aproximarse por el Pacífico á sus colonias Nueva Holanda y Australia, atravesará las pampas argentinas, haciendo fructificar en ellas el comercio, la riqueza y la libertad; pues ésta es la planta que brota en todo suelo fecundado por la savia de ese país.

Este acontecimiento no es tan remoto como parece, y en prueba de ello citaré las palabras de un caballero inglés, cuya memoria será siempre una deuda de gratitud en la república Argentina, M. Wheelwright, empresario del *ferro-carril central argentino*, cuyos trabajos ha comenzado con sus propios fondos. Este señor, en el acto de la inauguración, pronunció las siguientes palabras:

« Siendo probado hasta la experiencia que el capital invertido en el camino es provechoso, no habrá dificultad en extenderlo. La ruta que deberá adoptar de mas ó menos, será: — De Córdoba á Chañas, de Chañas á la Horqueta en Catamarca, de la Horqueta al pueblo de la Rioja, de la Rioja á Copacabana al pié de la cordillera de los Andes, subiendo por su falda y tomando el paso de San Francisco 16,023 piés, y bajando por el Poniente hasta Copiapó y Caldera. Nada extraño es, señores, que un proyecto tan estupendo sea mirado como efímero; pero no es así, es un proyecto serio, practicable, y será realizado. Es puramente cuestión de tiempo; pero como envuelve intereses de suma importancia para todos los países de la América del Sur, tal vez no está su realización tan distante como parece. — Europa también está interesada en esta grandiosa obra. La Gran Bretaña, sumamente interesada en aproximarse lo mas posible á sus grandes colonias de la Nueva Holanda y Australia, aprovechará el momento prestando sus caudales para facilitar un camino que el muy distinguido almirante Roberto Fitz Roy ha declarado públicamente que no solo es realizable, sino que, una vez realizado, será el camino real entre Inglaterra y dichas colonias. »

Si este hecho se realiza como debe realizarse, y si los estadistas de la república Argentina inspirándose en las grandes ideas que imprimen su movimiento al mundo, trasformando su faz y centuplicando su poder, consiguen arrojar definitivamente al pasado los harapos ruinosos del egoísmo local y político, — restos de una mala educación colonial; — entonces no será aventurado asegurar que dentro de treinta años los rios Paraná y Uruguay comparados al Misuri y Misisipi de Norte-América por el volumen de sus aguas, lo serán también respecto del número de vapores que los navegan.

Pero como este resultado no puede obtenerse actualmente con millon y medio de almas, la Constitución ha abierto sin reserva la navegación de sus rios á todas las naciones, cuyas banderas se pierden hoy en los horizontes de ese estuario *tan grande y libre como un mar*. El extranjero goza de todas las garantías y derechos civiles del ciudadano, de una completa libertad civil, religiosa y económica, y sus hijos la facultad de elegir la nacionalidad de su origen. El juicio de M. Jules Duval sobre la Constitución argentina en su *Historia de la emigración europea, asiática y africana del siglo XIX*, obra premiada por la Academia de ciencias morales y políticas de París, está concebido en estos términos:

« La Constitución de las provincias Argentinas, votada el 1° de mayo de 1853, dice el economista francés, *contiene á este respecto las declaraciones mas completas que se hayan escrito jamás en ninguna legislación* (1). Segun el artículo 14, todos los habitantes de la confederación gozan de los derechos siguientes: — Derecho de trabajar y ejercer toda industria libre, de navegar, comerciar, peticionar á las autoridades, entrar, permanecer, viajar, salir del territorio argentino, publicar sus ideas por la prensa, usar y disponer de sus bienes, asociarse con un objeto útil, ejercer libremente su culto, enseñar, aprender, etc. Finalmente, el artículo 25 prescribe al gobierno federal — favorecer la emigración europea, y le prohíbe limitar ni gravar con impuestos la entrada en el territorio de extranjeros que se proponen trabajar nuestras tierras, mejorar la industria ó enseñar las artes y las ciencias, etc. »

Estos principios, calculados para asegurar al emigrante mas libertad y prosperidad que en su propio país, son inalterables, pues forman la base de tratados celebrados con Francia, Inglaterra, Prusia, España é Italia.

La emigración alemana en ninguna parte puede asegurar tan bien su interés propio y el de la madre patria como en la region del Plata, donde conservando la fisonomía y tendencia reflexiva de su origen, sirva de núcleo para confundir y desarrollar los intereses económicos de dos países, que representan respectivamente en Europa y Sur-América una vitalidad industrial y productora de primer orden. El ejemplo de los Estados Unidos es la prueba de la magnitud del progreso de una region que marcha á sus destinos bajo el impulso combinado de aquellas dos potencias: — el dualismo de la riqueza, de la civilización y del poder.

El genio intrépido y arrogante de los norte-americanos ha sabido aliar todo esto sirviéndose del alemán, no como socio ó compañero, sino como un instrumento

(1) Esta Constitución ha sido formulada por el señor doctor don Juan B. Alberdi, y sancionada en todas sus bases por el Congreso constituyente. Justo es recordar que en las cámaras prusianas se ha hecho al estadista argentino el merecido elogio de llamarsele el Franklin de la América del Sur.

ó material modificado en sus manos, y cuyo sello original ha desaparecido en las colosales dimensiones de la estructura americana, absorbente y rival de la industria alemana.

Mas en el Rio de la Plata los papeles son distintos. El hijo del país solo representa la producción pastoril y agriculora, en gran parte explotada por el extranjero, mientras que este figura como el representante en jefe de todos los ramos de la industria y del comercio. La influencia económica de aquella sobre esta última se traduce moralmente en sus respectivos agentes, resultando que el argentino concurre con la materia, y el extranjero quien da á ella y al país su forma industrial y comercial, y aun moral como elemento en la familia de una sociedad joven que no ha asumido hasta hoy el tipo definitivo de la personalidad.

Si pasado el período de su formación no ha predominado en ella el elemento alemán, este habría cambiado entonces su papel, pues no solo ya no podrá imprimir á la sociedad y al comercio la forma y afinidades de su raza, sino que será absorbido y asimilado como en los Estados Unidos para servir de material á la estructura de otro país.

Los intereses comerciales de Alemania reclaman en el Rio de la Plata un centro de unidad mercantil que asegure á su importación y exportación un rango de incontestable superioridad. La emigración alemana enriqueciéndose con los productos de una tierra que se concede gratuitamente á la colonización, asegura esa superioridad al comercio alemán, imprimiendo de este modo un saludable impulso al movimiento industrial en Alemania, lo cual contribuiría á alinear considerablemente la condición del proletario, y á hacer penetrar en las clases del pueblo el sentimiento del bienestar y de dignidad. El contacto moral y material de ambos pueblos sería pues altamente benéfico á los intereses económicos.

El estudio que hemos hecho del modo de ser de nuestro país y de sus condiciones económicas, nos ha conducido á encontrar su solución en la de los mismos intereses alemanes por medio de la emigración, como lo hemos demostrado otra vez en la *Revista del Paraná*, cuyo artículo acompañamos como el desarrollo de nuestras miras.

Allí hemos hecho notar la prosperidad de los emigrantes y colonias alemanas establecidas á expensas del gobierno y de empresas particulares.

Esta es la necesidad primordial de las repúblicas hispano-americanas, cuyos gobiernos no han podido echar raíces por falta de población capaz en que arraigarse, pues como ha dicho muy bien el publicista argentino señor doctor Alberdi, — « en Sur-América gobernar es poblar: sin la inmigración, en un país de 40 á 50,000 millas cuadradas, con solo 800,000 habitantes, la mejor constitución será siempre la constitución de un desierto. »

A la verdad, repúblicas de 300 á 800,000 habitantes, — como hay varias en Centro-América, — esparcidos en un territorio de 15 á 20 millones de almas, son puntos microscópicos flotantes é ingobernables en el espacio; resultando de este modo de ser casi organizado un duelo permanente entre la anarquía y las instituciones, sin mas tregua que la que permite la impaciencia ó postulación de los combatientes.

Mas ese estado de anarquía no debe atribuirse á mala índole del pueblo, sino á su situación aislada en el desierto, á un fatal legado político que pesa sobre él, y á los antecedentes históricos que influyen inexorablemente en los destinos de cada país.

La revolución contra la España hizo andar á esos pueblos dos siglos en un día, sacándolos de la sombría clausura del régimen colonial absoluto del siglo XVII, y poniéndolos frente del siglo XIX, y de un gobierno nuevo que debió marchar con elementos democráticos improvisados el mismo día, en un país preparado para ninguna forma de gobierno, excepto el colonial. Así pues, luego comenzó á luchar en su propio seno el antagonismo de dos épocas y dos principios que llevaban consigo los gérmenes de anarquía que no ha cesado hasta hoy de agitar la mayor parte de las repúblicas hispano-americanas.

Desgraciadamente ese estado de cosas dejó de ser un hecho transitorio, y se convirtió en una situación normal. La revolución vino á ser el alimento de la infancia de esos pueblos y de su existencia política de medio siglo; es decir, vino á ser un hecho característico y organizado en todos los resortes, fases y costumbres de su vida pública. El pasado y el presente han sido engendrados por la revolución, delante de la cual las generaciones se levantan y desaparecen arrebatadas por el fuego de la guerra civil que arde en su seno.

La *revolución* es el único gobierno estable y normal de la mayor parte de la América española. Lo que se exhibe con el nombre de gobierno son simples decoraciones y actores con que la revolución hace representar sus comedias, melodramas y tragedias, sin que la sociedad conturbada por estos espectáculos goce mas paz que la de los entreactos. Sus gobiernos suben y bajan por mano de la revolución, — su nodriza y su verdugo, — que los mece en la cuna y escribe su epitafio con la sangre de sus víctimas. El desenlace es generalmente trágico y ruidoso, hasta que alguna vez una nación poderosa, atraída por los desórdenes y los conflictos, se apodera del teatro y sus actores a pesar de su heroica resistencia, como la Francia acaba de hacerlo con Méjico. Este remedio heroico supone necesariamente la anexión de una provincia como gastos de guerra, y el protectorado de un gobierno republicano ó monárquico,

que solo puede subsistir con el apoyo de un fuerte ejército francés. Estas serán las consecuencias de la anarquía inmemorial de Méjico, pues está en la ley de las cosas que el que no sabe gobernarse será desmembrado ó gobernado por otro. Los americanos hicieron lo primero con la anexión de Tejas y California, y hoy la Francia pone el complemento de la obra que aquellos se reservaban.

Así pues, el único remedio que queda á una parte de las repúblicas americanas para escapar al dilema de ser gobernadas por la anarquía de casa, ó poder de afuera, es: — si en vez de parodias continentales y millones expendidos en soldados, material de guerra, fortalezas de triste gloria que solo sirven para aumentar el botín y el trofeo del enemigo, emplean esos fondos en enganchar legiones de emigración y colonización cuyos brazos sustituyan á los campamentos, fuertes y reductos, poblaciones laboriosas, ferro-carriles y puentes que serian la mejor ciudadela para aquellos gobiernos contra los asaltos de la anarquía y del exterior.

De otro modo, la política de la Francia en Méjico podrá repetirse por otra potencia europea con cualquier república anarquizada que se encuentre en igual caso. En el estado actual de las cosas, los intereses económicos gobiernan el mundo con su palabra sacramental, — civilización, — preocupándose mas de los gobiernos que dan estabilidad y orden, que de su personalidad. Así pues, hemos visto la expedición en Méjico iniciarse con el aplauso uniforme de los gobiernos europeos, y la toma de Puebla ser saludada hasta por el castillo de San Angelo en Roma.

Es digno de observarse cómo, despues de medio siglo, la política del segundo imperio resume la iniciativa que Napoleon I ejerció en los destinos de la América española, derribando la dinastía reinante de España y dejando á sus colonias americanas en el camino de su emancipación política que alcanzaron á fuerza de heroísmo y de patriotismo.

Mas todo esto no puede detener en su carrera el carro de la revolución, la cual en su tarea de demolición, solo deja en pié sus creaciones propias, que luego vuelve á devorar como Saturno á sus hijos. Es por eso que los gobiernos de la mayor parte de las repúblicas hispano-americanas han sido hasta hoy plantas exóticas que no han podido echar raíces en un suelo calcinado por la guerra civil, á pesar de haber recorrido todas las formas del sistema federal y unitario.

Es claro pues que el mal consiste principalmente en el fondo, y que este debe renovarse por una población industrial y moral, que haga fructificar en el desierto sus gérmenes de virilidad política y de buen gobierno.

Este reposará en columnas de arcilla ó de granito, segun que las pulsaciones de su población se sientan ó no latir en los talleres, fabricas, ferro-carriles, navegación, agricultura, industria, etc. Estas son las verdaderas columnas y resortes de un gobierno civilizado, y los que carecen de ellas son máquinas imperfectas de daño y explosión.

Los pueblos hispano-americanos, engendrados y educados por la España medieval y absoluta del siglo XVII, haciendo hoy su aprendizaje bajo el influjo del siglo XIX, ofrecen en su propio ser el antagonismo de dos edades que se disputan su posesión. Ese antagonismo que forma á su vez la edad media por que estan pasando esos pueblos, prolongará por mucho tiempo sus extrañas escenas de ruido y desorden, si no se hace cesar por el predominio completo del elemento moderno civilizador. Sangrientas guerras y cataclismos ha costado á la Europa la transición de su edad media á su edad viril; mientras que los pueblos hispano-americanos pueden hacer este camino por la acción civilizadora de la población europea, la cual les comunicará con su sangre y sus costumbres la vida, el espíritu y la índole que constituyen la fuerza de las naciones modernas.

Este es el único medio por el cual podrán las repúblicas hispano-americanas llegar á asumir el tipo de una verdadera nación.

Ayudarlas en esta tarea por medio de la población, es el papel que á Europa cumple desempeñar en beneficio de ambos continentes, y á la Alemania particularmente respecto de las feraces y hospitalarias comarcas del Rio de la Plata.

JOSE F. LOPEZ.

Viaje á Oporto

DE SS. MM. EL REY Y LA REINA DE PORTUGAL.

El rey y la reina de Portugal llegaron á Oporto el 24 de noviembre último. SS. MM. habian salido de Lisboa el 18, se habian detenido el mismo día en Alcobaza, y los días siguientes en Condeixa y en Oliveira de Azeimeis, recibiendo por todas partes á su paso los testimonios mas simpáticos.

Al apasear del carruaje en Oporto, SS. MM. fueron recibidas por el ayuntamiento, los pares y los grandes del reino, el cuerpo consular y las autoridades. El presidente de la municipalidad, vizconde de Lagoza, les presentó las llaves de la ciudad, y pronunció un discurso al que respondió el rey.

En seguida se formó definitivamente el cortejo, que se componía de mas de sesenta carruajes, y atravesó en medio de una muchedumbre compacta no obstante el mal tiempo, las principales calles de la ciudad para dirigirse al *Te Déum* que se cantó, segun costumbre,

en la iglesia de Nuestra Señora de Lapa. El municipio había elevado un arco de triunfo á la entrada de la calle de Almada, cerca de la plaza de Don Pedro.

Por la noche hubo en el teatro de San Juan una representacion de etiqueta. A su entrada y á su salida Sus Majestades fueron aclamadas.

P. P.

Visita

DEL REY DE LOS HELENOS
al navio almirante inglés
EN EL PIREO.

Con motivo de la recepcion hecha al rey Jorge I por el almirante inglés á bordo de su navio de tres puentes que aparejó el 2 de diciembre último, escriben del Pireo las siguientes líneas:

Habiendo sido aceptada una comida el martes 1º de diciembre, los numerosos buques fondeados en el Pireo se empavesaron desde por la mañana, y á la una de la tarde esperaba á S. M. un bote de la fragata griega, bien armado y tripulado, con la bandera real en su mástil.

El segundo comandante de la fragata manejaba el timon.

A la una y media el rey Jorge llegaba de Atenas con una comitiva poco numerosa y se embarcaba en el bote; y al mismo tiempo comenzaban las salvas en toda la línea.

La pequeña rada del Pireo se conmovia con el formidable estrépito de los cañones; el humo se desvanecía en grandes nubes; parecia aquello un verdadero combate.

El joven rey se mos-



SS. MM. el rey y la reina de Portugal pasando por el arco de triunfo de la calle de Almada en Oporto.

traba muy satisfecho con esta acogida: es un príncipe de diez y ocho años, de semblante franco y abierto, de frente elevada: llevaba con elegancia un traje de almirante, y le acompañaban su primer ministro y uno de sus edecanes.

Otros dos ayudantes seguían en otro bote la embarcacion de Su Majestad.

El rey saludaba muy afable al pasar por delante de cada buque, y los tambores redoblaban.

El contra-almirante Aboville, que manda el apostadero naval francés en el Levante, asistió á la comida dada por el almirante inglés.

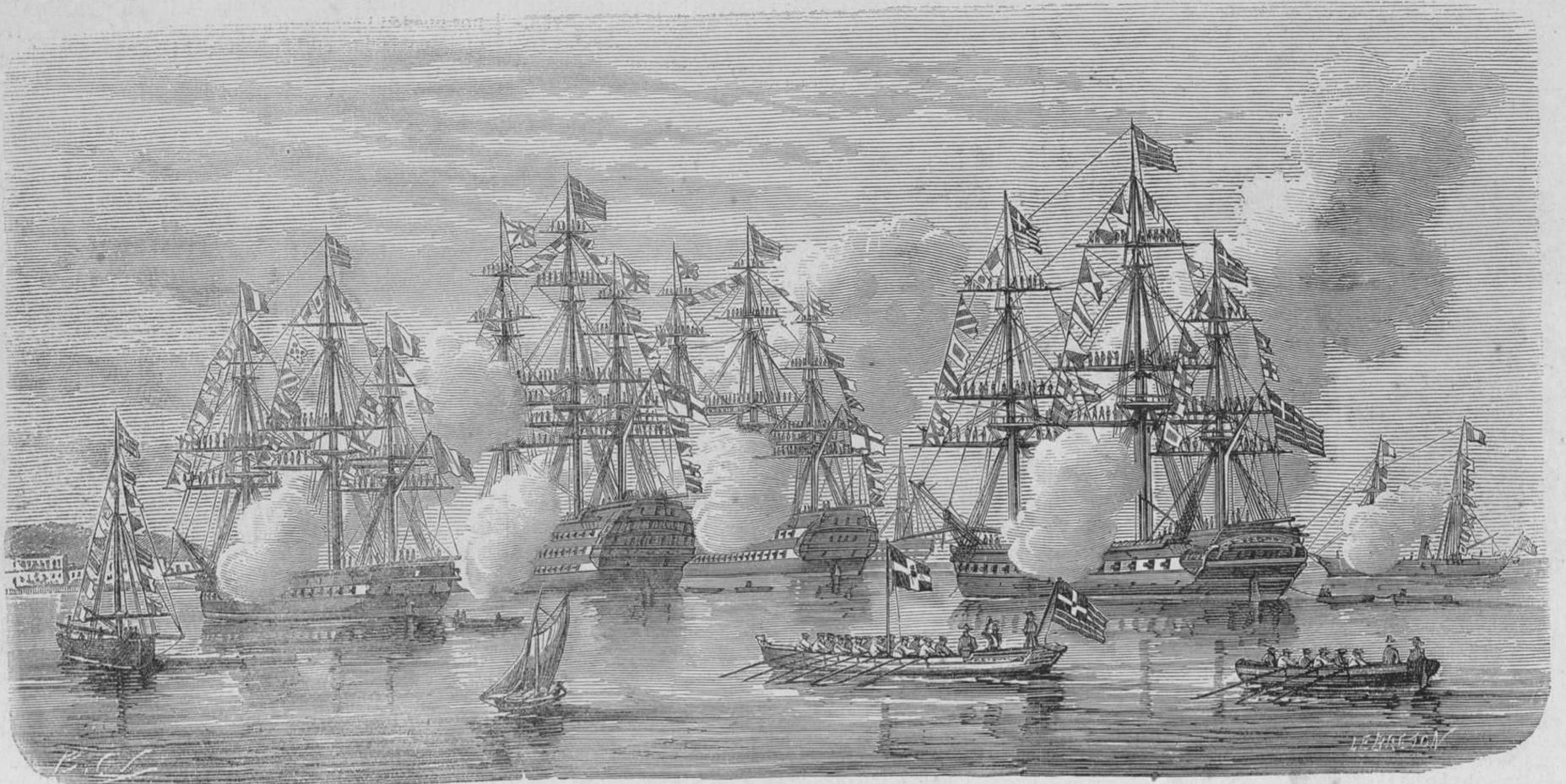
Después del banquete hubo zafarrancho de combate en el navio británico.

Los griegos están entusiasmados con su rey, pero no con la Inglaterra, que les ha prometido las islas Jónicas y anda suscitándoles tropiezos. Es dudoso que los ingleses salgan del Pireo antes de haberse zanjado esta cuestion, y entre tanto envían á tierra compañías de desembarco considerables, que tienen un espacio especial para hacer la escuela de tiro, con tiendas y un gran pabellon de la escuadra azul. Parece una verdadera ocupacion, y de hecho los buques de S. M. B. se tragarian fácilmente toda la marina del Pireo.

A. T.

Supersticiones druidicas EN LA BAJA NORMANDIA.

Antiguamente habia en el territorio bajonormando densas selvas en cuyas negras profundidades tenian lugar



Visita de S. M. el rey de los helenos al navio almirante inglés en el Pireo.

los sangrientos sacrificios de la religion de Teutates; pero hace mas de quince siglos que se han acabado los druidas, las selvas han desaparecido, y apenas quedan diseminadas y mutiladas algunas piedras del terrible dios de los galos. Sin embargo, el campesino bajo-normando conserva vivo é indestructible el recuerdo de la religion de sus padres, y el kromlech es aun para él la morada de un dios desconocido á quien invoca frecuentemente.

El recinto druidico de la Primaudiere, en el pueblo de Montchauvet, sirve de objeto de romería á muchos aldeanos que acuden allí con sus hijos enfermos, y piden al dios pagano que los cure.

Una escena de este género representa nuestro dibujo.

Hé aquí algunos pormenores que traducimos de la escena de Condé, por el abate Barette:

«La piedra Dyallan, situada en el bosque del difunto mariscal Grouchy, en el territorio del pueblo de Jurques, al Mediodia de la iglesia de la Bigne, es un silex de tres metros de alto con cinco de largo y tres de ancho; la mesa descansa en cuatro apoyos tambien de silex, dispuestos para sostenerla. En su contorno se ven los restos de una docena de piedras mas pequeñas que forman un recinto circular.

La piedra Dyallan tiene la forma de una mesa bruta en toda su superficie; pero en su centro se observa cierta excavacion, quizá natural, de donde arrancan dos ranuras ó grietas que se extienden hasta las partes mas inclinadas de la piedra. Las aguas de lluvia siguen esta direccion para llegar al suelo, y si hubo en otras épocas sacrificios humanos sobre

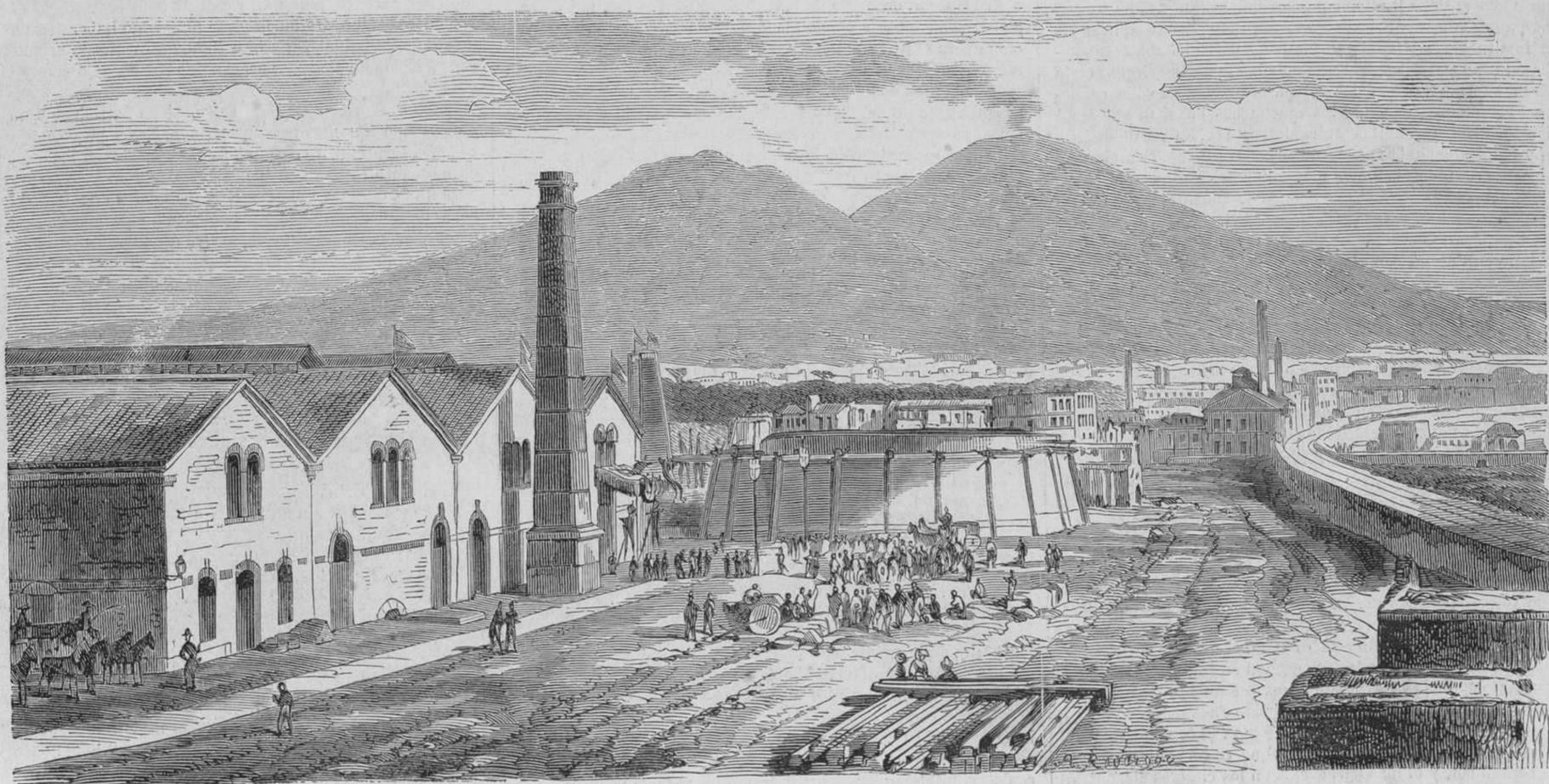


La oracion ante las piedras druidicas de Montchauvet en la Baja Normandia.

esos toscos altares, la sangre de las victimas debió correr por ese punto.

Muchos años hace que se practicaron excavaciones debajo de la piedra Dyallan en busca de tesoros, y las abuelas van todavía á ella para obtener que sus nietos salgan libres de la quinta. Al ver á esas aldeanas prosternadas ante una piedra druidica rezando con fervor á fin de que sus hijos no caigan soldados, recuerda uno aquellos siglos bárbaros en que las mujeres de las Galias con el cabello suelto y bañadas en llanto, iban tambien hace dos mil años á prosternarse al pié de la misma piedra para pedir á Teutates que librase á los suyos de la muerte cruel que les esperaba sobre ese dolmen, bajo los hachazos de la druida, si la suerte fatal le designaba como victimas.

Prosiguiendo el camino de Aunay á Vire, á dos kilómetros de la iglesia de Danvon, se encuentran al poniente, en el territorio de Montchauvet, los restos de un recinto druidico ó kromlech, no descrito hasta ahora, y digno de serlo sin embargo. Estas piedras druidicas se elevan en un campo cultivado y conocido con el nombre de *campo del Hou*; el nombre significativo de la Primaudiere (*primordium*) que tiene esta localidad, demuestra que ha estado habitada en la antigüedad mas remota. Estas piedras son de greda, planas, la mayor parte de ellas mas anchas por arriba que en su base, y á la primera ojeada se distingue en ellas aquellos obeliscos groseros que elevaba antiguamente la poderosa mano de nuestros padres, con un fin y con intenciones que hasta hoy no se han explicado claramente. Acercándose un poco á esos monumentos, se nota que



Inauguracion de la fábrica del gas en Nápoles.

están dispuestos en semi-círculo. La mas alta de estas piedras tiene unos tres metros de elevación y siete de circunferencia en su base. Otras seis de menores dimensiones forman una parte del recinto sobre sesenta y seis pasos de extensión del Norte al Levante. En el mismo campo y á corta distancia, así como también en los campos contiguos, se hallan algunas piedras mas del mismo género, todas ellas rotas. Otras han sido enterradas y hechas pedazos en diferentes épocas. Es seguro que han desaparecido muchas á manos de los labradores que invadieron los campos, y bajo este concepto es imposible calcular el número á que ascendían. Suponiendo que hayan desaparecido sin dejar huellas otras tantas de las que hoy existen, tenemos que habria habido en ese lugar veinte ó veinte y cinco piedras monumentales, que formaban un recinto circular cuyo diámetro debía ser de unos ciento cincuenta pasos.

Los lugares próximos á la Primaudiere tienen nombres significativos: los *Castillos de los druidas*, que se encuentran en el bosque de Parc-Huet; el *Druame*, riachuelo que nace allí, y cuyo nombre está formado con dos palabras célticas: *an*, cerca; *drus*, de los druidas.

Por último, llaman *Teutaquerie, rie*, habitación de Teutates, y *Vorie, rie*, habitación de dios, á las dos aldeas contiguas. »

J. L.

Inauguración

DE LA FABRICA DEL GAS EN NAPOLES.

El progreso general, y el progreso industrial en particular, no se detienen en Nápoles. El 4 de noviembre se inauguraba en esta ciudad en presencia del príncipe Humberto un nuevo establecimiento de una importancia inmensa. Nos referimos á la fabrica de gas que se eleva en el fondo del golfo de Nápoles al pié del Vesubio. Tres gasómetros producirán en veinte y cuatro horas los doce ó trece mil metros cúbicos de gas necesarios para el alumbrado de la ciudad, y trece kilómetros de cañerías le conducirán por todas las calles.

La compañía napolitana concesionaria de esta vasta empresa, rica en recursos pecuniarios, y teniendo en su seno hombres de experiencia, reúne todos los elementos de un porvenir próspero.

Los planos de esta vasta fábrica son obra de M. Colladon, ingeniero suizo, quien ha dirigido la ejecución.

Hé ahí una de las importantes mejoras que se deben al nuevo gobierno.

P. P.

Revista de Paris.

El año nuevo empieza como acaba su antecesor, con fiestas en la Iglesia y en la familia. Después de la Natividad y el 1.º de enero, hé aquí la fiesta de la Adoración de los Santos Reyes, que se celebra de un modo particular entre los franceses. Todo el mundo sabe cuál es el sentido religioso de esta festividad; pero no es tan sabido el uso de hacer un *rey* en los círculos de familia y de festejar su advenimiento con alegres y copiosas libaciones. La suerte designa á este monarca festivo por medio de una haba introducida en un pastel que se reparte en tantos pedazos como personas aspiran á la soberanía. Ahora bien, ¿de dónde proviene el haba tradicional que confiere tan insigne título? Diferentes autores aseguran que es un uso pagano aplicado á una institución cristiana; y efectivamente, el haba desempeñaba un gran papel en la antigüedad. Entre los griegos servía para manifestar los sufragios populares; según su color condenaba ó absolvía. En Roma los muchachos echaban suertes á quién sería rey durante las saturnales, esto es, á fines de diciembre, y empleaban habas para interrogar al destino. Combinando pues esta costumbre con otra que tenían los antiguos de elegir un rey en sus banquetes, se explica fácilmente el uso que se ha perpetuado aquí entre las familias.

La tradición es agradable y buena, y hasta hoy no se ha renunciado en Paris á ponerla en práctica. Todo el mundo, grandes y chicos, celebra del mismo modo esta fiesta que da tanto trabajo á los pasteleros parisienses. La suerte nombra en todas las casas un soberano cuyo efímero poder no durará mas que una hora; pero es una hora toda de júbilo y de alborozo; ¿cuántos reinados mucho mas largos no tienen esa hora! Esta costumbre da lugar también á escenas divertidas que no podían sustraerse al agudo ingenio del caricaturista M. Cham; recomendamos á nuestros lectores las que publicamos en la última página de este número.

Entre los aguinaldos mas á la moda ahora hace un año, se contaban los albums de fotografías. Puede decirse que no habia casa en Paris donde no se ostentara sobre las mesas de los salones y de los gabinetes, algunos de estos volúmenes lujosos llenos de retratos-tarjetas, no solo de miembros de las familias, de amigos y conocidos de las casas, sino también de celebridades de todas las naciones. Poco á poco esta moda va cayendo en desuso; y á es de mal tono pedir retratos; ya los albums van desapareciendo, y quizá no está distante el día en que esas colecciones antes tan estimadas se enseñen en secreto y cerrando las puertas como si se tratara de libros prohibidos. Se han concluido pues los albums fotográficos; pero en cambio tenemos hoy los albums de sellos de correos. Hé aquí el furor del día, la gran moda, el aguinaldo mas notable que se ha podido ofrecer en la actualidad, y el mas agradecido en los círculos elegantes.

Nuestra época ha resuelto muchos problemas y aclarado muchas dudas, y sin embargo, hay un misterio que continúa im-

penetrable á pesar de las investigaciones mas sutiles, el de la idea primitiva que presidió á la formación de estas colecciones de sellos usados y deteriorados por la marca del correo. Revolvamos antecedentes á ver si descubrimos alguna luz en una historia que hoy aparece tan interesante.

En 1848 se introdujeron en Francia los sellos de franqueo que se usaban ya en el Reino Unido; y cuatro años después de la adopción de este sistema, se publicó en los periódicos de Paris una historietta que ha dado á estas horas la vuelta al mundo. Decíase que un inglés opulento deseando socorrer á un noble sin recursos que no quería aceptar nada que tuviera visos de una limosna, le habia ofrecido con mucha formalidad mil libras esterlinas si lograba reunir bastantes sellos viejos para empapelar las paredes de su alcoba. El noble juzgando que quedaba á salvo su dignidad cumpliendo esta tarea, se dirigía por medio de los periódicos á sus amigos de Paris para que contribuyeran á la obra.

La cosecha fué abundante, y es de creer que la alcoba pudo empapelarse, y el noble recibió dignamente las mil libras esterlinas.

No se habia pasado mucho tiempo cuando la prensa salió anunciando que una jóven huérfana con una vocación religiosa decidida, pero desprovista de toda fortuna, seria admitida generosamente en un convento inglés, si podia llevar en dote cierta cantidad de sellos fuera de servicio.

Después se trató del rescate de niños chinos; para libertar de una muerte precoz y bárbara á una multitud de inocentes víctimas, bastaba enviar sellos usados al comité que se habia encargado de esta obra de beneficencia.

Otros muchos pretextos se invocaron para mendigar sellos, y como todos se formulaban con devoción suma, las almas compasivas multiplicaron con tierna emulación pasos y sacrificios que costaban tan poco y acusaban fines tan laudables.

Los donativos acudían en montón, siendo centralizados aquí por un magistrado, allí por un canónigo, acullá por una junta de señoras, y el producto de esta suscripción universal tomaba siempre el camino de Londres.

¿Qué podían hacer los ingleses con tantos sellos?

Nadie pensaba en averiguarlo, el público se mostraba indiferente, y los bienhechores anónimos podían darse la enhorabuena. Sin embargo, las remesas llegaron á tomar poco á poco tales proporciones, que el gobierno quiso indagar las causas de esta exportación no prevista por los tratados de comercio.

Se dictaron instrucciones para vigilar el tráfico clandestino; la diplomacia empleó sus agentes, la policía apostó á los suyos; estudiaron y observaron con atención; hubo informes á montones, pero tantos y tantos esfuerzos solo acertaron á descubrir que las provisiones de sellos desaparecían bajo las bóvedas de casas impenetrables.

Entonces quedó ancho campo á las conjeturas. Se supuso, y creemos haberlo apuntado así en estas revistas como un descubrimiento hecho en España, que por un procedimiento químico desconocido, se impiaban los sellos de la estampilla de la posta y se volvían á poner en circulación; mas los cuidados que exigía semejante maniobra y la dificultad de colocar esta mercancía fraudulenta, no menos que la honradez de los depositarios, demostraron lo absurdo de esta explicación.

¿Para qué servían pues, volvemos á preguntar, estos sellos usados? Ahora la respuesta es bien fácil; para formar esas colecciones que se han puesto á la moda. En efecto, la sellos-manía ha venido progresando paulatinamente hasta llegar á ser una pasión dominante en todas las clases. Por todas partes se despegan, se buscan, se solicitan sellos inutilizados. Las casas de comercio que tienen relaciones frecuentes con los países extranjeros se ven asaltadas; hay fanáticos que escriben al acaso á personas olvidadas ó perdidas en las regiones mas incógnitas, con la vaga esperanza de provocar respuestas, cuyo interés todo está en el sobre.

En el jardín de Tullerías se habia establecido una Bolsa especial para la venta y el cambio de este nuevo valor de especulación; pero el fraude se introdujo en los negocios, y la policía tomó la medida prudente de dispersar el mercado.

La colección completa de todos los sellos emitidos por los diferentes Estados del globo comprende unos mil doscientos modelos, variados en forma, color y efigie, y cuesta cuando menos mil francos; por consiguiente, un album de sellos viejos puede considerarse y con razón, si se atiende á su valor actual, como un magnífico regalo.

No hay para qué decir que la especulación se ha apoderado del negocio, y hoy se citan en Paris dos establecimientos exclusivos para la venta y el cambio de los sellos usados, donde se realizan cuantiosas ganancias.

El *Petit-Journal*, diario no político, del que tomamos una parte de las noticias que anteceden sobre esta cuestión palpitante, habla de un jóven estudiante reñido con su familia, que es el abastecedor de sellos extranjeros mas acreditado con que cuentan aquellos establecimientos.

En algunas semanas entrega un sello de Kamchatka, de Java ó de la China; no hay país, por remoto que sea, libre de sus garras.

Todo el mundo veía con sorpresa la extensión de sus relaciones, cuando hé aquí que acaba de revelarse el secreto á cuyo beneficio ha hecho fortuna. Nuestro hombre enviaba todas las semanas á un comerciante la carta siguiente, franca de porte: « Deseo comprar por valor de un millón de mercancías del país; ¿quiere Vd. ser mi agente? »

Al punto respondían, y el estudiante recogía el sello, que era lo que buscaba.

Ahora para concluir con este asunto, señalaremos á los aficionados americanos, que también los hay, si no nos engañan nuestras noticias, pues las modas atraviesan pronto los mares, dos publicaciones mensuales que se acaban de fundar, la una en Bruselas bajo el título: *Le Timbre-Poste*, consagrada á la nomenclatura, los precios corrientes y las indicaciones útiles y curiosas, y la segunda en Londres, titulada *Stamp collector's magazine*, que tratará de todas las cuestiones relativas á los sellos de correos, y señalará las creaciones nuevas y los cambios.

Estos días de movimiento perpétuo para los parisienses, han proporcionado una ocasión favorable á los que viven á expensas del prójimo para ejercer algunas de sus mas atrevidas jarguetas. Un lance entre mil queremos señalar á nuestros lectores.

A consecuencia de la enfermedad y la muerte de su marido, empleado en una casa de comercio, una buena señora se habia venido á encontrar tan exhausta de recursos, que se decidió á llevar al Monte de Piedad un reloj de oro con su cadena, último regalo de su difunto esposo.

Iba á entrar pues en una de las sucursales del establecimiento, cuando una mujer de unos treinta años, bien vestida y de un rostro simpático la detuvo diciendo:

— ¿Se dirige Vd. al Monte de Piedad?

— Sí, señora.

— Dispénsese Vd., repuso la desconocida, si la hago esta pregunta; pero es el caso que yo estoy encargada de descubrir á las personas necesitadas dignas de interés á fin de socorrerlas, y he pensado que ningun medio mejor podia ofrecérsese para desempeñar mi misión que el de interrogar á los desgraciados que acuden á esta casa, sobre todo en estos días de tantas y tan apremiantes necesidades. Cuénteme Vd. sus infortunios.

La viuda la puso en dos palabras al corriente de su situación.

— Veo que merece Vd. ser socorrida. Vamos juntas á su casa de Vd., echaré una ojeada á sus muebles, y apuntaré lo que pueda hacer falta. Guárdese Vd. bien de empeñar su reloj; es un recuerdo de que no debe Vd. separarse. Por mi conducto recibirá Vd. la suma que la habria prestado el Monte de Piedad.

Una vez en la habitación de la pobre señora, la desconocida examinó el mueblaje y los efectos de vestir, y abriendo un cajón de la cómoda, que no cerró, dijo á la viuda:

— Enséñeme Vd. ahora la cadena y el reloj, y la diré á usted cuánto valen.

Con efecto, hizo su exámen y añadió:

— El Monte de Piedad apenas habria dado á Vd. cincuenta francos, y yo haré que tenga Vd. sesenta sin que se desprenda del reloj, y sin contar además algunas ropas de abrigo. Volvamos á guardar esto en la cómoda, y véngase Vd. al instante conmigo, pues es la hora en que se encuentra al caballero de quien he hablado á usted.

Y al mismo tiempo metió en la cómoda el papel en donde habia sacado la viuda la cadena y el reloj, cerró al punto el cajón y arrastró fuera á la buena señora. Al cabo de un paseo bastante largo llegaron cerca de la iglesia de San Sulpicio, y entonces exclamó la desconocida:

— Es aquí, á dos pasos; en tanto que voy á verme con su bienhechor de Vd., entre Vd. en la iglesia para orar por él, que dentro de un cuarto de hora volveré yo con los sesenta francos.

Sin desconfianza la viuda entró en la iglesia y se puso á rezar; pero como trascurriese mucho tiempo sin que la otra se presentara, tuvo algunas sospechas y se fué á su casa, donde después de abrir el cajón de su cómoda, sacó el papel que debía contener la cadena y el reloj y no encerraba nada. ¿Quién diría que hasta la caridad habia de servir de máscara en Paris para hacer víctimas!

En esta época de fiestas de familia los teatros se hallan poco menos que abandonados. Así en la Opera Cómica se ha retrasado la primera representación de la nueva producción de Auber, titulada *la Fiancée du roi de Garbe*, que se espera con impaciencia, pues según se dice, será la obra maestra del autor de *la Muette* y del *Domino noir*. Sin embargo esta tardanza será de pocos días, y pronto podremos decir si se equivocan las voces de la fama.

Entre tanto en la Grande Opera se ha vuelto á poner el *Moisés* con un éxito digno de Rossini. La empresa no ha escaseado nada para exornar esta ópera con toda la magnificencia que exige su argumento. La ejecución ha estado brillantísima, sobre todo por parte de Mlle Battu y de M. Faure. El público ha oído con sumo placer esta música que parece no haber perdido nada de su gracia primitiva, y ha aplaudido extraordinariamente la introducción, la plegaria, el gran duo del segundo acto y el final del tercero.

Como es de rigor en este teatro, se ha introducido un baile que ha sido igualmente bien recibido. Entre los efectos escénicos mas sorprendentes, señalaremos el paso del mar Rojo, que es un cuadro verdaderamente admirable.

Al finalizar el acto cuarto, el emperador, que asistía á la función con la emperatriz y muchos personajes del mundo oficial, mandó llamar al director del teatro para manifestarle su satisfacción tanto por el aparato como por el buen desempeño de esta ópera, que debe consolarnos este invierno del nuevo chasco que parece decidido á darnos Meyerbeer echando otra vez la llave á su *Africana*.

MARIANO URRABIETA.

El espectáculo de las carreras.

El domingo tuvimos carreras.

Esta noticia seria alarmante, si no tomara yo la precaución de añadir que fueron carreras de caballos.

La real casa de Campo fué el teatro de la competencia en que *Vad Ras, Si, Arcila, Buckingham* y otro *Si, Tetuan, Samsa, Fllingt Duckm, Chocknosoff y Dulcinea*, se disputaron á todo escape cuatro premios que ganaron los que corrieron mas.

Es decir que en las carreras de caballos sucede lo mismo que en la carrera de los hombres; el premio se lo lleva siempre el que llega antes.

Y esto se comprende perfectamente: haced de los premios lo que de sí mismas hacen las mujeres, que son del último que llega, y se acabó el progreso; la humanidad se pararía como un reloj que le falta la cuerda; nadie daría un paso; todo el mundo estaria empeñado en quedarse atras.

Y el progreso es esta precipitación con que nos empujamos unos á otros para llegar antes al fin de nuestros deseos, este afán de anticiparnos, esta impaciencia por llegar antes á recoger el premio de nuestras pasiones ó de nuestros errores; si el progreso es esta prisa de vivir que nos devora, preciso es confesar que hemos dado un paso en vago suprimiendo las vinculaciones.

El padre reunía su fortuna, la acotaba y decía: « Todo esto es para aquel de mis hijos que llegue primero. »

Imposibilitado el padre de señalar este premio al vencedor en la carrera, ¿qué hijo se tomara el trabajo de correr para llegar al mundo antes que sus hermanos?

Pero dejemos á los hombres y volvamos á los caballos.

En una apuesta particular con que terminó esta función que sería *equitativa*, si esa palabra viniera de *equitacion*, corrieron cinco caballos cuyos nombres galopan en alas de la fama bajo estas combinaciones de letras: *Florefte, Oscar, Moratalla, Singletona* y *miss Sarah*.

La concurrencia fué numerosa; esto era indispensable, y además escogida, esto era de cajón.

Numerosas y escogidas son ya todas las concurrencias que se usan. Con esto queremos decir que hay mucho donde escoger.

Mas en esta ocasion la concurrencia ha debido ser escogida como los caballos.

Detrás de los nombres ilustres de esa noble piara, habian de ir naturalmente los nombres tambien ilustres de nobles familias.

Caballo es una palabra que arrastra necesariamente detrás de si *caballero*.

Hace nueve años que tuvimos una carrera de caballos memorable.

Entonces no fueron los caballos los premiados, sino los jinetes: y poco despues se convirtió la carrera de caballos en corrida de toros.

De ahí deben venir sin duda alguna los toros y cañas que estamos presenciando.

Mas volvamos á los caballos.

La fiesta fué lucida. Cada uno lució lo que pudo: unos lucieron sus trenes, otros sus galas, las mujeres sus vestidos, sus joyas y sus encantos, y los caballos sus arreos y sus estampas.

Los que no tuvieran nada que lucir, esos serian probablemente mas lucidos.

En cinco minutos hubo caballo que hizo su carrera; para estos hermosos brutos eso es algo, para el hombre no es nada.

Hay en Madrid muchos que han hecho toda su carrera en menos tiempo.

Hablando de correr, es imposible no pensar en el asfalto que se está ensayando en algunas de las calles de Madrid. Es un asfalto que en cayendo cuatro gotas tira de espaldas.

Y aquí vuelven á salir otra vez los caballos: ya se han perniquebrado mas de una docena por correr sobre el asfalto.

De forma, que si por una parte se premian las carreras y por otra parte se las condena á perniquebrarse si corren, los pobres animales se van á romper los cascos buscando una salida que no hay, como no sea la salida del ayuntamiento.

Este asfalto debe ser una intriga del emperador de Marruecos, para que todos los cristianos nos rompamos el bautismo.

Mas consolémonos, porque en el teatro del *Principe* se está representando un drama cuyos principales personajes son dos espejos; no debe extrañarse esto, porque el argumento es un fenómeno óptico.

Delante del agujero donde se mete el apuntador se abre el espacio suficiente para que pueda colocarse una persona sin ser vista por los espectadores: delante de esta persona se pone un cristal de espejo sin azogar, con alguna inclinación hácia adelante. Se deja el teatro á oscuras, se ilumina la persona con una linterna sorda de mucha potencia, la imagen se reproduce, y hé aquí el espanto del público, y hé ahí el efecto del drama.

La literatura dramática por consiguiente ha entrado en una gran especulacion: con este nuevo recurso gana mucho, pues hay seguridad de que los espejos interpretan bien sus respectivos papeles.

La circunstancia de que haya de ser sorda la linterna que ha de contribuir á la aparicion del espectro me tiene con cierto cuidado, porque siendo sorda es posible que no oiga al apuntador; aunque me tranquiliza la seguridad que tengo de que en Madrid á los apuntadores les oyen hasta los sordos.

Sea lo que quiera, el caso es que vamos ganando: la ciencia al fin y al cabo todo lo invade. ¿Quién le habia de decir al *Teatro Español*, al *Corral del Principe*, que habia de verse algun dia convertido en gabinete de física?

Nadie dirá que este teatro no ha hecho al fin y al cabo una bonita carrera.

Es verdad que otros con menos títulos han llegado á ser ministros, pero hay siempre alguna diferencia entre ser hombre y ser teatro; además, que no es lo mismo llegar á ser ministro que llegar á ser gabinete.

Y á propósito: don Dióscoro Puebla, autor del *Desembarco de Colon en América*, ha expuesto al público en el ministerio de Fomento un cuadro que representa *Una Bacante*.

No faltará algun cesante sin ortografía que se crea con derecho á ella.

¡Una Bacante en el ministerio de Fomento! Vaya si tendrá pretendientes.

JOSE SELGAS.

Exposicion de bellas artes aplicadas á la industria.

DISTRIBUCION DE RECOMPENSAS.

Una distribucion solemne de recompensas presidida por el baron Taylor en una de las salas del palacio de los Campos Eliséos, ha dado fin á la segunda exposicion de bellas artes aplicadas á la industria. El dibujo que damos de esta fiesta nos dispensa de hacer su descripción: la mesa sobre un tablado; el jurado de las recompensas por un lado hácia atrás; los orfeones por la parte opuesta; á la derecha y á la izquierda las señoras, y al frente la muchedumbre.

M. Guichard, presidente de la comision, trazó los resultados de esta exposicion en un discurso que fué muy aplaudido, y del cual vamos á tomar las siguientes noticias. Principiaremos por consignar que esta exposicion ha recibido mas de ciento diez y seis mil visitantes de pago, y unos doscientos mil en todo. Los productos han subido á 77,000 francos, y los gastos á 45,000; de modo que hay un beneficio de 32,000 francos (27,000 mas que hace dos años), el que ingresará en la caja de socorros de los inventores y de los artistas industriales. Este resultado indica el favor que ha merecido al público tan útil é interesante exposicion.

Las medallas se han repartido de la manera siguiente:

En la division de la pintura se ha llevado la medalla de honor M. Prignot, por sus elegantes dibujos de muebles que recuerdan en su mayor parte las formas de la época de Luis XVI.

M. Dufos ha alcanzado una medalla de oro por su sistema de grabado, á cuyo beneficio trasforma un dibujo en un ornato en hueco ó en relieve, y hasta en un grabado tipográfico.

En la division de la escultura, donde la primera medalla ha sido concedida á M. Carrier-Belleuse, hallamos al lado de verdaderos industriales como M. Gonon, el habil y único fundidor á *cera perdida*, como M. Barbedienne, de nombre tan conocido, como M. Legost, esmaltador, como M. Durenne, que hace vaciados perfectos; hallamos, decimos, artistas de talento que á nuestro juicio no pertenecen á la industria porque hayan reducido sus estatuas para convertirlas en adornos de relojes. Un escultor industrial es otra cosa; es aquel que mezclando la arquitectura como ornato en sus composiciones, forma un todo decorativo destinado á producir un efecto de conjunto en un edificio ó en un mueble. Pradier fué un escultor industrial cuando combinó grupos de niños para sostener los brazos de un candelabro; pero no lo era cuando esculpió la *Safo*, aunque la *Safo* se encontrara luego en muchos relojes.

En la seccion de cerámica se dió una medalla de oro á M. Bitterlin hijo, por sus grabados sobre cristal mediante el ácido fluorídrico, procedimiento antiguo del que ha sabido sacar un partido nuevo.

Los ceramistas no podrán quejarse del jurado; pero justo es decir que si todos han recibido recompensas, ha sido con justicia.

Como los muebles estaban clasificados en la arquitectura, nos encontramos aquí con el nombre de M. Manguin, arquitecto, que ha dibujado un gran número de composiciones llenas de gusto, y con el de MM. Jansselme hijos y Godin, fabricantes de muebles. En esta division se distingue M. Vignerón, cerrajero, cuyos ornatos imitan y recuerdan las obras de los siglos XVII y XVIII, y han merecido á su autor una medalla de segunda clase, al lado de la medalla de oro concedida á M. Baudrit por su cerrajería artística.

Se ha abierto este año un concurso entre las escuelas de dibujo, que sin duda se desarrollará en las exposiciones venideras. La escuela de M. Lequien ha recibido el premio de 1,500 francos ofrecido por las cámaras sindicales de París, en razon á la buena eleccion de los modelos y la ejecucion de las copias.

Aunque nada en la organizacion de la exposicion y las operaciones del jurado dependiera del gobierno, el emperador y el ministro del Comercio habian querido dar las medallas de honor. La emperatriz dió igualmente las cinco medallas de oro distribuidas á los alumnos de las escuelas de dibujo en nombre del principe imperial; pero el soberano y el ministro se habian contentado con estas munificencias, á fin de que quedara bien patente que solo se debian á la iniciativa individual la exposicion y sus resultados.

A. D.

Los baños de Balaruc.

Arrojando una mirada de la estacion de Certe al magnifico lago de Thau, se descubre en la orilla opuesta una bonita aldea que parece destacada de la tierra firme y que oculta sus blancas casas en un ramillete de verdura, un oasis en aquellas márgenes un tanto desnudas de vegetacion: es *Balaruc-les-Bains*, cuya reputacion secular contra las parálisis es bien conocida. Para ir á Balaruc hay omnibus y carruajes que solo tienen que recorrer cuatro kilómetros por el camino que contornea el lago al nordeste; pero es preferible valerse directamente de los barcos del establecimiento, cuyas salidas corresponden á la llegada de los trenes del ferro-carril. En tan corta travesía apenas hay tiempo para contemplar el inmenso panorama que se descubre á los ojos del viajero.

En medio del lago se eleva el volcánico peñon de Ro-

querol, á cuyo pié se encuentran en abundancia variados mariscos; este peñasco es para los pescadores un punto de reunion diario, y tambien les sirve de abrigo cuando hace mal tiempo.

El lago de Thau, dependencia del Mediterráneo, es una vasta sabana de agua salada y cristalina que se extiende entre Certe, Agde, Marseillan, Meze, Bouzigues, Balaruc, etc. Parece una ensenada cerrada mas allá de la bahía que ocupa Certe en el fondo del golfo de Lion. Además de sus comunicaciones con la mar por lo que llaman *graux*, el lago tiene manantiales particulares que lanzan el agua dulce á su superficie. Entre estos manantiales submarinos se distinguen el *Abyse* y el *Enversac*.

El *Abyse* está muy adentro. La fuerza con que sube el agua la impide un instante que se mezcle con el agua salada. Relativamente fresca en el verano, el agua del *Abyse* está caliente y humeante en el invierno, época en que resiste á las heladas que congelan todo el lago. En el rigoroso invierno de 1829 continuó estando liquido un espacio circular correspondiente al golfo de *Abyse* en medio de una inmensa costra de hielo, y vino á ser un lugar de reunion para las aves acuáticas.

Cerca de la orilla, enfrente de la iglesia de Nuestra Señora de Balaruc y al pié de una roca que se alza en el fondo de una pequeña ensenada, existe otro manantial, la *Fuente de Alesieu* ó de *Enversac*, que presenta fenómenos mas curiosos aun que los del *Abyse*. Durante las grandes lluvias sale de esta fuente una gran cantidad de agua dulce que entra en el lago; pero á fines de abril el manantial se agota, y el lago saliéndose de madre á su vez, le devuelve en agua salada lo que ha recibido en agua dulce. Este juego alternativo de las aguas ha hecho dar á la fuente el nombre de *Enversac*.

A doscientos metros del puertecillo de Balaruc se encuentra el profundo é inagotable manantial del establecimiento. Su alta termalidad y su rica mineralizacion prueban que nada tiene que ver con el laberinto subterráneo del *Abyse* y del *Enversac*.

Balaruc, situado en una especie de península que se adelanta sobre el lago de Thau, forma parte del trigono volcánico que componen los volcanes apagados de Agde, Saint-Thibéri y Montferrier. Se cree que el manantial mineral es contemporáneo de los dos primeros volcanes, que debe á ellos su nacimiento, y que no ha roto todas relaciones con sus entrañas.

De lo alto de los elegantes terrados que coronan el establecimiento termal se disfruta de una vista que puede dar una justa idea de la preciosa situacion de Balaruc. No se cansa uno de contemplar el azulado espejo del lago, sureado por vaporillos y lanchas pescadoras, sus márgenes accidentadas, y los variados paisajes del contorno. En ninguna parte los aspectos pintorescos se multiplican con mas diversidad á los ojos del observador.

Enfrente está la ciudad de Certe con su puerto erizado de mástiles, con su montaña esmaltada de casas de campo, con su linea férrea que corre sobre la playa con mas rapidez que el canal del Mediodia entre Burdeos y Marsella, entre el Océano y el Mediterráneo. Llegada la noche, el brillante alumbrado de la poblacion y las luces del ferro-carril se confunden con las estrellas de un cielo que nada tiene que envidiar al de Nápoles.

Al Oeste se dibuja la margen mas verde del lago sobre la cual prosperan como Balaruc, los pueblecillos vinícolas de Meze, Bouzigues, Poussan, etc.

Al Norte hay llanos y fértiles cuevas que conducen hasta los últimos contrafuertes de las Cevennes. Los horizontes son por lo regular tan puros en esa latitud, que á grandes distancias se pueden ver los perfiles de los montes.

Finalmente, por el lado de Montpellier la mirada se detiene en la cuesta que abriga á Frontignan y su rico moscatel.

A esta topografía tan grata para los artistas hay que añadir en cuanto á Balaruc la ventaja de un clima saludable como pocos. Es el cielo del litoral del Mediterráneo con su sol vivificante y su fresca brisa. Abierta al mar y protegida al Norte por un cerco de cuevas, esta estacion mineral disfruta de una temperatura suave, igual y poco accesible á las bruscas variaciones atmosféricas. El parque del establecimiento sobre todo, ofrece un abrigo seguro contra los vientos del Norte y del noroeste, que son los mas recios y frecuentes del país; pero en suma, la experiencia medical los teme menos que los otros para los enfermos que pertenecen á la especialidad de Balaruc, como los paralíticos, los linfáticos, etc. En el invierno se pueden ver en el parque las plantas y los arbustos de las regiones tropicales, y en el verano se encuentra allí la frescura mantenida por la sombra de los árboles y por la brisa periódica del lago.

El estado sanitario de la península no puede ser mejor: los habitantes se distinguen por una constitucion robusta y por una longevidad excepcional.

Balaruc está abastecido de viveres como Certe; aquí no sucede como en los puertos de la Normandia; no se exporta todo el pescado, sino que se consume en Balaruc, al menos en su mayor parte.

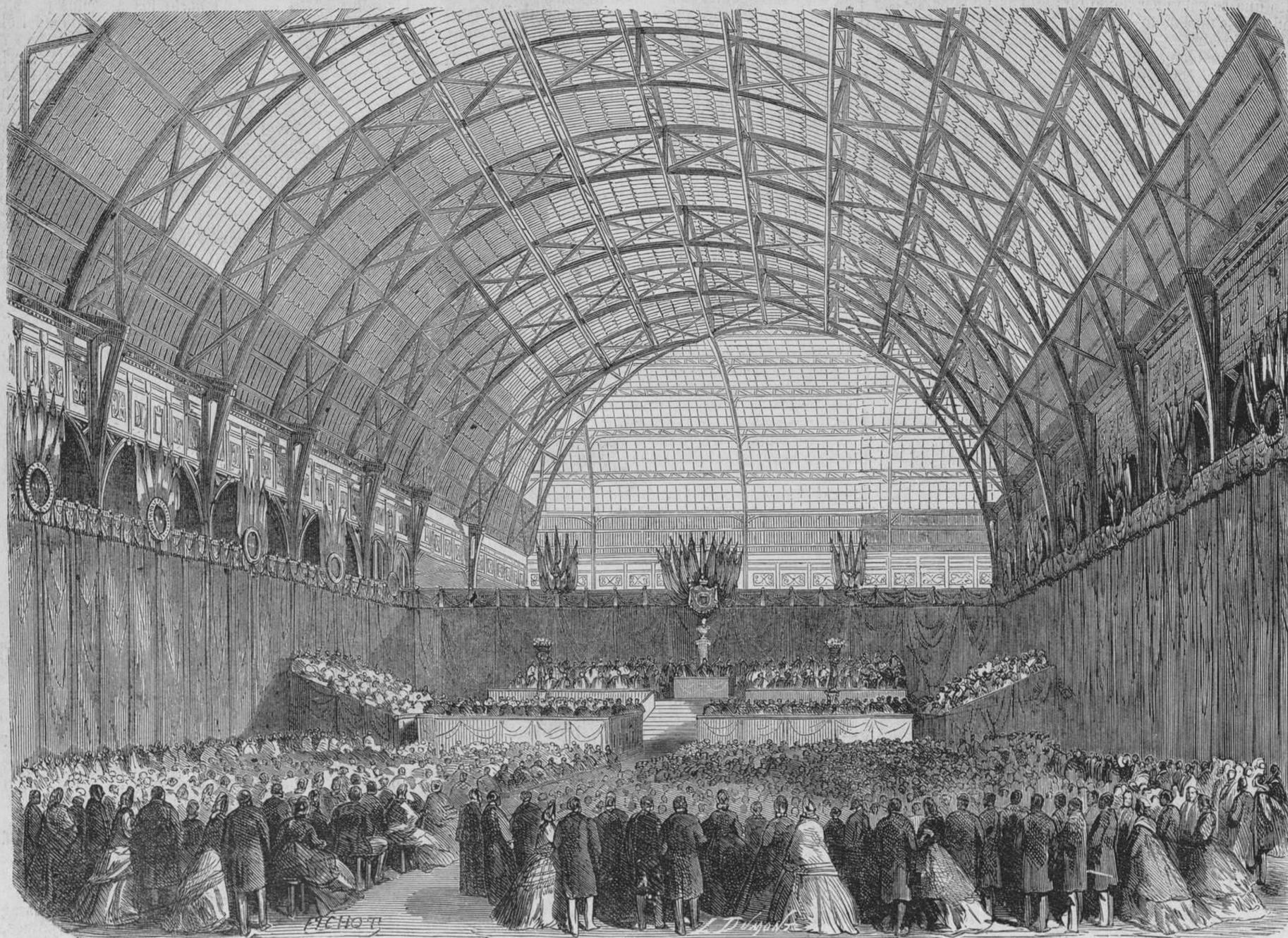
Únicamente para los paralíticos la inspeccion medical elige y pesa los alimentos; pero los que solo padecen de escrófulas, escorbuto ó tercianas, pueden satisfacer el terrible apetito que despierta la atmósfera marina.

Otro auxiliar que aumenta la eficacia de las aguas minerales, consiste en las distracciones, los paseos, las excursiones, en una palabra, los cuidados tan interesantes como agradables que arrancan momentáneamente al enfermo á la meditacion de sus dolores. El elemento



Leop. Flameng inv & sc 1863

Fiestas de Navidad : la Misa del Gallo en una aldea.



Distribucion de premios á los expositores de la Sociedad de bellas artes aplicadas á la industria.

intelectual y moral del hombre que padece, exige tambien una satisfaccion cotidiana. Sé muy bien que nadie va a Balaruc para divertirse, para buscar la vida mundana de los grandes establecimientos termales; pero el caso es que ya se principia á encontrar, gracias á las mejoras que cada dia se realizan; y luego, no tememos decirlo, la mas dulce de las emociones en Balaruc sera siempre la de sentir ó de ver en otro, cómo un miembro baldado hace largo tiempo comienza á moverse; curaciones inesperadas, hé ahí la fuente del valor y de la esperanza: no hay efecto moral mas agradable para los verdaderos enfermos.

Con las grandes ventajas de su situacion, su clima y sus aguas minerales, Balaruc no podia sustraerse á las predilecciones de la dominacion romana. No se andan dos pa-

sos en torno del establecimiento sin hallar pruebas de la estancia que hicieron allí los conquistadores del mundo. Las excavaciones practicadas en distintas épocas y sobre todo este año, han puesto á descubierto termas romanas con sus piscinas de fondo de marmol blanco, columnas, jarrones y medallas, inscripciones lapidarias y otros objetos que manifiestan la importancia que tuvieron hace dos mil años las aguas de Balaruc. Al lado de la fuente preciosa se elevaba un templo dedicado á Neptuno. Un caserío romano edificado en la punta de la península recibia, como hoy la ciudad de Cette, las aguas cristalinas del Issanka, por un acueducto del que aun se ven en el dia algunos trozos.

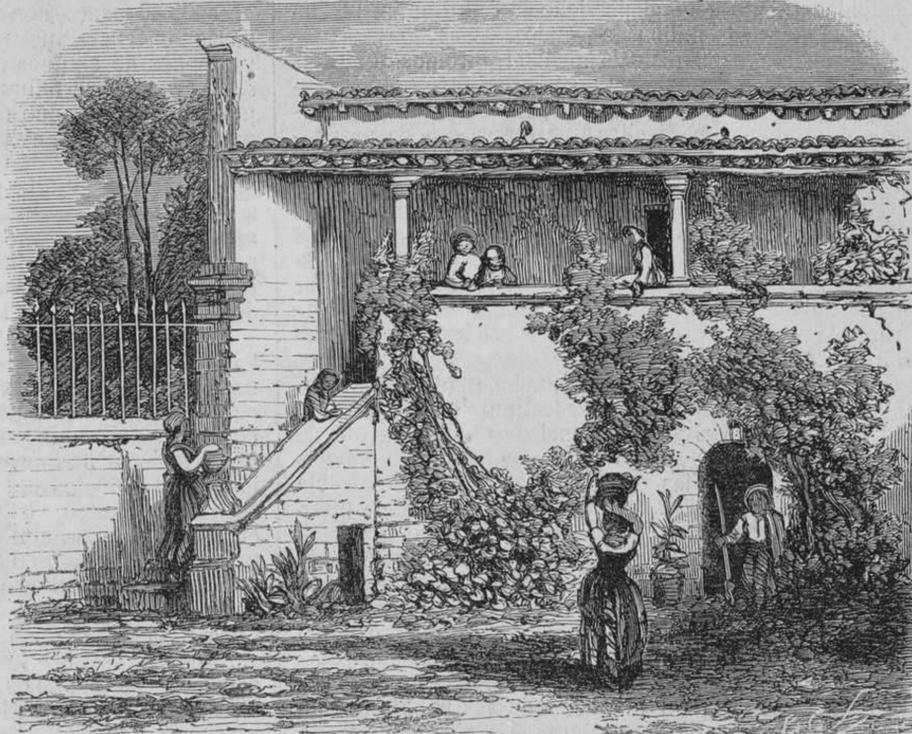
De este modo pues la existencia histórica de Balaruc, atestigüada por los monumentos, es anterior á la



Vista del pabellon y de la entrada del parque del establecimiento termal de Balaruc.



Antigua iglesia de Balaruc.



Vista del patio de entrada del antiguo establecimiento termal. — Galería de los Baños.



El lago de Thau y el monte de Agde; vista tomada de Balaruc.

LAURENS

era cristiana. También está consignada en los escritos del siglo X. En 961 Balaruc figuraba en el testamento de Raimundo I, conde de Tolosa, en favor del obispado de Maguelona. Esta aldea y sus dependencias fueron reclamadas por los diversos pretendientes que tuvo el condado de Tolosa, y pasó de mano en mano durante largos y encarnizados debates. Vendido por Beatriz, viuda de Guidan Cabeza de Puerco, Balaruc fué tomado por Raimundo VII, reconocido conde de Tolosa, que se entendió con el obispo de Maguelona, y se le cedió con otros pueblos contra el feudo de la ciudad, de Montpellier. Hasta la revolución, los obispos de Maguelona y sus sucesores en Montpellier fueron los señores de Balaruc. Jamás hubo suzeranía menos lucrativa; quince sueldos por año y mas tarde veinte medidas de cebada, eran el tributo anual de los habitantes del *Vieux-Balaruc*, y en cambio podían hacer uso de un horno comun, de una fuente á la orilla del lago, de una carnicería que se arrendaba al mejor postor; podían pescar en los estanques, etc.

En cuanto á *Balaruc-les-Bains*, que estuvo en otras épocas tan floreciente, no se componía mas que de algunas casas agrupadas en torno de la fuente. Los baños pertenecían al cabildo de la catedral de Montpellier. En una escritura de fecha 10 de noviembre de 1517, se lee que el enfermero de Maguelona arrendaba estos baños, cuya eficacia estaba reconocida, por el tributo poco oneroso de seis medidas de grano, y la condicion de que habian de reservar uno de los mejores cuartos de las casas dependientes de los baños para él y los canónigos de Maguelona, cuando su salud les obligase á hacer uso de las aguas. Esta fué la *Carta* de Balaruc, que atravesó las guerras religiosas, y duró sin grandes tropiezos hasta 1789; pero la tormenta política arrebató al obispo y al cabildo, á la señoría y al priorato, y desde entonces el pueblo viejo se cae en ruinas, y toda la vida acude mas y mas á la nueva aldea que tiene por tesoro la fuente mineral. Los últimos arrendatarios pagaron últimamente algo mas que los primeros, y en el día el establecimiento y sus dependencias representan un inmueble de medio millon de francos.

En cuanto á su historia medical, diremos que estas terras fueron las primeras que recobraron favor despues del largo caos de la edad media; con el renacimiento comenzó para ellas una nueva era de prosperidad.

Rabelais pondera los maravillosos efectos de estas aguas. Rondelet las aconseja en muchas enfermedades, y con su uso obtuvo una curacion inesperada en 1568 en la persona del señor de Poussan, Guillermo de la Chaume. Diez años despues Nicolás Dortoman, profesor de la universidad de Montpellier y luego médico de Enrique IV, publicó su grande obra sobre las aguas de Balaruc.

En tiempo de Luis XIV iba mucha gente á Balaruc. Madama de Sevigné puede dar testimonio de esta boga. El caballero de Grignan, coronel de un regimiento de caballería, estaba gotoso de piés á cabeza, y aunque le habian aconsejado las aguas de Balaruc, no se atrevia á tomarlas, temiendo su actividad excesiva. Sin embargo, habiendo consultado á los capuchinos, estos aprobaron la receta, y el brillante oficial hizo por fin el viaje en 1689. Tomó tres baños de una hora cada uno, y la gota no resistió á tan violento remedio. El caballero volvió sano; habia perdido aquella traza de gotoso que le asemejaba á M. de la Rochefoucauld; en una palabra, « tres días pasados en Balaruc, dice madama de Sevigné, operaron un milagro que no habian podido producir ni el Mont-Dore ni Bareges. » Sin embargo, no por esto habia quedado libre de las recaídas; y en efecto, los terribles accidentes de una retrocesion pusieron muy luego su vida en peligro. Durante su convalecencia la marquesa aconsejó al caballero gotoso que fuera á pasar el invierno á la Provenza, para estar cerca de Balaruc.

Chirac, el médico del regente, llevó á su real cliente á Balaruc, y consiguió disipar los dolores que padecía este príncipe de resultas de una herida recibida en 1706 en el sitio de Turin.

En los tiempos del primer Imperio y de la Restauracion fueron á Balaruc muchos enfermos, entre los cuales varias celebridades dejaron en el agua mineral esciáticas rebeldes, tristes parálisis, reumatismos crónicos, resentimientos de antiguas heridas, sordera, etc.

M. de Semonville tenia una afectuosa gratitud á Balaruc. Este ilustre diplomático se habia curado allí de una parálisis en la muñeca y en el pié, allí donde habian pesado los grillos durante su larga cautividad en Austria.

También el famoso Paganini, habiendo sentido un cansancio particular en las últimas falanges de los dedos, fué á Balaruc en 1840, y no tardó en recobrar la sutil *tactilidad* que en tan alto grado poseía. Podríamos citar un resultado análogo obtenido por la accion de estas aguas en un opulento capitalista, cuyos dedos estaban atacados de lo que se llama *parálisis de los escritores*.

Por último, hace algunos años, despues de la guerra de Crimea, muchos enfermos y heridos de Oriente siguieron el tratamiento de Balaruc y se curaron unos de parálisis, otros del escorbuto, y otros de las consecuencias de sus heridas.

Actualmente Balaruc, gracias á las reformas realizadas, se halla en estado de producir todos los efectos terapéuticos que las enfermedades crónicas piden imperiosamente á la medicina de las aguas minerales.

Dr. J.

Paris y Lóndres en 1793.

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR CARLOS DICKENS.

(Continuación.)

— Te has engolfado, mi querido Cartone, prosiguió el abogado con dignidad, en una senda falsa, muy falsa, no tengo necesidad de demostrarlo; eres incapaz de hacer fortuna; no conoces el valor del dinero; vives muy mal aunque trabajas mucho; el día menos pensado se habrán agotado tus fuerzas, vendrán las enfermedades y caerás en la miseria. Así pues, es absolutamente indispensable pensar en una enfermera.

El aire de proteccion que tenia al dar este consejo le hacia parecer dos veces mas obeso é insolente de lo que era en realidad.

— Reflexiona lo que te digo, continuó el abogado. He examinado bien las cosas: cree al amigo cuya conducta hubieras debido imitar; sigue mi ejemplo; cástate; busca una persona que te cuide. No me digas que te repugnan las mujeres, que has sido con ellas poco afortunado, y que las has tratado siempre con aspereza; busca una mujer honrada sin reparar en la edad, una viuda respetable, por ejemplo, que posea una finca, un meson, una casa ó una renta cualquiera, y cástate para evitar la miseria. Esto es lo que te conviene, amigo mio, y no te duermas en las pajas.

— Lo pensaré, dijo Cartone.

CAPITULO XII.

UN HOMBRE FINO Y GALANTE.

Una vez tomada la decision de hacer á Lucia Manette el favor de casarse con ella, M. Stryver se propuso anunciarle tan fausta nueva antes de entrar en vacaciones, y despues de algunos instantes de reflexion, pensó que seria prudente terminar sin pérdida de tiempo todos los preliminares, aunque no diera su mano á su graciosa novia hasta que se abrieran los tribunales ó durante las fiestas de Navidad. Estaba íntimamente convencido de que aquel pleito estaba ganando de antemano. En cuanto á las ventajas materiales, las que podia aducir en su apoyo, ni siquiera merecian la menor observacion. Así pues, se presentaria, el abogado de la jóven renunciaria al uso de la palabra, los jurados no tendrían necesidad de reflexionar, y el fallo le seria favorable.

Por consiguiente, el mismo día que se cerraron los tribunales, M. Stryver escribió á Lucia Manette proponiéndola una excursion á Vaux-hall. Habiendo sido rechazada la proposicion, algunos días despues la propuso llevarla á Ranelagh, y no habiendo sido mas afortunado, se decidió por fin á presentarse en su casa y anunciarle la noble resolucion de honrarla con su blanca mano.

El que hubiese visto su rostro animado y risueño cuando se hallaba aun cerca de Temple-Bar, el que le hubiera encontrado en la acera atropellando á los transeuntes con majestuoso continente, hubiese adivinado que estaba ya seguro del éxito y que habia superado todos los obstáculos.

Al pasar por delante de la casa de Tellsone, donde ademas de los capitales que tenia en su caja, conocia á M. Lorry por haberle visto en casa del doctor Manette, le ocurrió de pronto la idea de entrar y revelar al banquero el brillante horizonte que se abria para la hija de su amigo.

Empujó vigorosamente la puerta, saltó los dos escalones, pasó junto á dos empleados y se dirigió al sombrero despacho donde M. Lorry pasaba todo el día delante de grandes libros de cuentas, cerca de una ventana defendida por barrotes de hierro perpendiculares, como si estuviera destinada á recibir guarismos, y solo existieran debajo de las nubes elementos de una suma total.

— ¡Buenos días! exclamó M. Stryver, ¿estais sin novedad?

Una de las particularidades de nuestro abogado consistía en parecer siempre excesivamente corpulento para el paraje en que se encontraba, cualquiera que fuese la dimension de dichos sitios, de modo que cuando entró en casa de Tellsone quedó tan ocupado el espacio, que los viejos dependientes manifestaron su disgusto desde el fondo de su rincon y parecieron aplastarse contra la pared, y los mismos jefes de la casa, que leían el periódico al extremo de una sombría perspectiva, manifestaron su descontento como si la cabeza del abogado hubiera tropezado con las suyas preñadas de guarismos.

— ¡Buenos días, señor Stryver! respondió M. Lorry con voz discreta y tomando la mano del legista.

Habia en la manera con que cumplió con esta formalidad cierta actitud especial á todos los agentes de la casa cuando recibían á un cliente en presencia de su jefe por distante que este se encontrara. Nuestro antiguo amigo saludó pues al abogado con la abnegacion de un individuo que estrecha la mano por Tellsone y compañía.

— ¿Qué deseais, señor Stryver? preguntó el empleado en el ejercicio de su cargo.

— Veros únicamente, señor Lorry, es una visita particular. Tengo que hablaros sobre cierto asunto... comunicaros una noticia...

— Explicaos, dijo M. Lorry bajando la cabeza para escuchar al abogado, mientras su mirada se perdía á lo lejos en busca de Tellsone.

M. Stryver se apoyó con ademan confidencial en el enorme escritorio, que pareció sobrado angosto para recibirle, y dijo:

— Voy á pedir la mano de la señorita Manette, vuestra amable amiga.

— ¡Qué escucho! exclamó M. Lorry pasándose la mano por la barba y mirando al abogado con expresion de incredulidad.

— ¿Qué significa vuestro asombro? preguntó M. Stryver dando un paso atrás. ¿Qué quereis decir con esa exclamacion, señor Lorry?

— Quiero decir, respondió el hombre de negocios, que alabo vuestra determinacion, que la aprecio como es digna de serlo, y estad persuadido de que os honra mucho á mis ojos. Pero ya sabeis, señor Stryver...

M. Lorry movió la cabeza mirando al jurista de la manera mas extraña y como si se dijera á si propio:

— Lucia es un partido demasiado ventajoso para vos.

— ¡Que me aborquen, señor Lorry, si os entiendo! repuso el legista que dió un golpe en el escritorio abriendo desmesuradamente los ojos y respirando con fuerza.

M. Lorry se arregló la peluca y mordió las barbas de su pluma.

— ¿Qué significa eso, caballero? Sabed que no me gustan las reticencias. ¿No soy digno de pedir su mano?

— ¡Oh! sí, señor; muy digno.

— ¿No es mi posición excelente?

— ¿Quién lo duda?

— ¿No es ella de día en día mas hermosa?

— Nadie lo niega, respondió M. Lorry sintiendo una satisfaccion en poder aprobar con toda conciencia.

— Pues en tal caso, ¿qué significa vuestro asombro? preguntó el abogado con orgullo.

— Significa que... ¿Vais ahora? repuso M. Lorry.

— Ahora, respondió el abogado dando un puñetazo en el escritorio.

— Pues bien, si me hallara en lugar vuestro...

— ¿Qué?

— No iria.

— ¿Porqué? repuso M. Stryver. Exijo una respuesta categorica, y contad con que os perseguiré hasta las últimas trincheras, añadió moviendo el dedo índice con un movimiento oratorio de moda en el foro. Sois una persona formal que no habla sin conocimiento de causa. Presentad pues vuestras razones, y decidme, porqué no debo dar un paso que es resultado de largas y maduras reflexiones.

— Porque es un paso que yo no daria sin contar de antemano con alguna probabilidad de éxito.

— ¿Se ha visto jamás cosa semejante? exclamó M. Stryver.

M. Lorry dirigió una mirada á Tellsone y volvió á fijar los ojos en su interlocutor.

— Hé aquí un hombre grave, continuó el abogado, un hombre de edad, lleno de experiencia, uno de los empleados mas notables de una de las casas de banca mas importantes, que despues de sumar tres causas de ventaja positiva, declara que el resultado no da probabilidad alguna de éxito. Y lo declara con toda frescura, sin reirse, sin estar en una casa de locos.

M. Stryver acentuó esta última frase como si hubiera sido menos extraño que M. Lorry hablase de aquel modo estando en una casa de dementes.

— Cuando hablo de los motivos que en materia semejante son probabilidades de éxito, pienso en las razones que pueden influir en la jóven. Hé aquí el punto capital, dijo M. Lorry apoyando su mano en la de M. Stryver. Es preciso gustar á la persona con quien uno quiere casarse, y sobre todo convenirle.

— Es decir, repuso el abogado cruzándose de brazos, que estais convencido, señor Lorry, de que la señorita de que hablamos es una loca ó una coqueta.

— No tal, caballero, respondió el banquero acalorándose; estad convencido de que nunca permitiré que se falte en mi presencia al respeto que se merece esa jóven, y si existiera un hombre bastante grosero, lo cual no creo posible, para hablar de ella en términos imprudentes en este despacho, la reserva que me imponen mis deberes respecto de esta casa, no me impediria decir á tan impolítica persona lo que hubiera de decirle. Este es, caballero, el sentido exacto de mis palabras, y os suplico que no les deis ninguna otra intarpretacion, prosiguió el anciano cuyo sistema nervioso ordinariamente tan pacifico, no estaba menos excitado que el del abogado.

— Confieso, señor Lorry, que no esperaba oír de vuestra boca lo que acabais de decirme, repuso el juriconsulto rompiendo el silencio que habia seguido á esta filípica y quitándose de la boca una regla con la cual se golpeó los dientes despues de haber chupado uno de los extremos. Confieso que no lo esperaba. Vos, un hombre formal, aconsejarme á mi, Stryver, abogado en el tribunal del banco del rey, ¡que no pida por esposa á miss Lucia Manette!

— ¿No deseais saber mi opinion, señor Stryver?

— Ciertamente.

— Es inútil que la repita, pues vos mismo acabais de expresarla en los términos que yo la hubiera dado.

— Y yo os responderé, dijo el abogado riéndose con sarcasmo, que hay cosas que por la enormidad de su inverosimilitud parecen casi monstruosas.

— Expliquémonos, señor Stryver, y fijemos bien la cuestion, dijo M. Lorry. De ningun modo estoy autorizado para emitir una opinion sobre este punto como hombre de negocios, y bajo este concepto no sé lo que puede suceder, y guardo el mas completo silencio: pero como anciano honrado con la confianza y la amistad de miss Manette, y que la ama así como á su padre con

el cariño mas acendrado, he creido que era deber mio decirlo la verdad. Tened la bondad de recordar que no he sido yo quien ha provocado esta confidencia. Ahora bien, despues de lo que acabo de decirlos, ¿creéis que puedo equivocarme?

— No, no; será cierto, respondió Stryver que se puso á silbar. ¿Porqué me he de asombrar de la locura de los demás? ¡Estoy tan acostumbrado á no ver sentido comun mas que en mí! Había llegado á creer que algun otro lo tendria y me engañé... ¡Cómo ha de ser! Vos que conocéis á fondo á esa señorita, suponeis que se haria la melindrosa y despreciaria la fortuna. Confieso que me sorprende, pero no niego que teneis razon y que estoy equivocado.

— No permito que nadie, señor Stryver, se tome la libertad de atribuirme suposiciones que no he manifestado, dijo M. Lorry volviendo á acalorarse. Cuando hago suposiciones no espero á que otro las emita ni comente, y no toleraré jamás, ni aun en este sitio, que nadie se encargue de interpretar lo que pienso.

— Perdonad, dijo el abogado; retiro mis palabras.

— Os perdono gustoso y os doy las gracias por haberos dignado retractarlas. Si he hablado como acabo de hacerlo, señor Stryver, es porque podria seros penoso encontrar una negativa, y porque no seria menos desagradable para el doctor y para su hija el tener que daros ese bochorno. Ya sabéis la intimidad que tengo la honra y la satisfaccion de merecer de esa familia, y si me lo permitís, trataré de cerciorarme, sin hablar de vuestros proyectos ni mencionarlos para nada, y de rectificar mi juicio con observaciones mas categóricas y completas, y siempre os quedará el medio de sondear el terreno personalmente si no os satisfacen mis datos. Si me he equivocado, podreis dar entonces con certeza el paso que queriais dar hoy, á no ser que prefirais que os evite ese trabajo, lo cual podrá ser del gusto de todos. ¿Qué os parece mi plan?

— ¿Cuánto tiempo necesitáis para desempeñar ese encargo? Ya sabéis que estamos en vacaciones, y os participo que tengo el proyecto de ausentarme de Londres hasta que vuelvan á abrirse los tribunales.

— ¡Oh! es negocio de un momento. Puedo ir esta noche á casa del doctor, y pasar despues por vuestro despacho.

— En ese caso acepto, respondió Stryver. Conozco que tengo menos prisa ahora que cuando he llegado aquí. Hacedme sin embargo el favor de cumplir vuestra promesa, y os espero esta noche. Así pues, hasta otro rato.

Se alejó pronunciando estas palabras, y produjo al pasar tal conmocion en el aire, que por poco derribó á los dos dependientes colocados detras de sus escritorios, débiles y venerables personas que saludaban continuamente, y de quienes creia el público que no tenian en casa de Tellson otro empleo que el de inclinarse sin cesar desde la llegada del primer cliente hasta la salida del último.

M. Stryver era bastante astuto para conocer que M. Lorry no se hubiera expresado con tanta franqueza á no tener una certeza moral para manifestar su opinion, y aunque la pildora era tan amarga como inesperada, el abogado acabó por tragarla.

— ¡Necia! exclamó cuando estuvo en la calle. ¿Y creias atrapar un partido tan ventajoso? Pues te has llevado un chasco solemne. No serás tú la que dé calabazas á un abogado tan distinguido. ¡No, no, no!

M. Stryver sintió un gran alivio cuando terminó esta apóstrofe.

Por consiguiente, se encogió de hombros con ademan de desden, y animó su rostro una sonrisa de orgullo.

Esta determinacion hizo tan rápidos progresos en su mente, que cuando M. Lorry se presentó a las diez de la noche en el despacho de M. Stryver, le encontró rodeado de libros y procesos, y sin que se acordara de su proyecto matrimonial. Hasta manifestó alguna sorpresa al ver al banquero, y le recibió con aire distraído como persona á quien se interrumpe en medio de una tarea importante.

— He ido á casa del doctor como os habia prometido, dijo el banquero despues de media hora de conversacion indiferente y de hacer vanos esfuerzos para llevar al abogado á la cuestion.

— ¿A casa del doctor? dijo M. Stryver con frialdad. ¿Y porqué? ¡Ah! ya caigo... Si... ¡Qué memoria la mia!

— No es posible abrigar la menor duda; tenia razon y estoy segurísimo. Así pues, reitero el consejo que os daba esta mañana.

— Lo siento en el alma, dijo el abogado con el tono mas afectuoso, por vos y por ese pobre padre. Conozco cuanto debe sentirlo esa desgraciada familia; pero... no se hable mas del asunto.

— Perdonad, no entiendo... dijo el anciano.

— ¿Queréis que os hable con franqueza?

— Lo exijo.

— Pues bien, señor Lorry; voy á ser franco. Habia supuesto que existia el buen sentido y la noble ambicion donde no existen. Estaba en un error, lo conozco; pero ha caído ya la venda de mis ojos. ¿Qué tiene de extraño? Nada. Muchas otras jóvenes han cometido faltas de igual clase, y mas adelante se han arrepentido en la pobreza y la oscuridad de haber sido casquivanas y novelescas. Lo siento por ella, porque dificilmente se le proporcionará otro partido tan ventajoso; pero en lo que personalmente me atañe, he salido de un mal paso y debo dar gracias á Dios. No necesito decirlos que el tal casamiento era para mí un mal negocio en el que nada ganaba ó poco menos. A pesar de lo que os dije esta mañana en un momento de obcecacion, siempre

he creido que la niña no me convenia. Afortunadamente para mí no ha mediado entre ella y yo compromiso alguno; pero creo que no hubiésemos llegado á tanto á haberlo pensado dos veces. Estaba bien enterado de la necia vanidad y de las locuras ridiculas de esas señoritas de rostro agraciado y de cabeza vacía; son las tales tan testarudas é intratables, que es vana empresa tratar de dirigir sus caprichos. Os lo puedo asegurar; no se reciben con ellas mas que chascos desagradables. Esto es doloroso, pero no tiene remedio, y por lo tanto... doblemos la hoja. Como os decia, solo lo siento por vos y por su padre. Agradezco en el alma vuestros consejos. Conocéis mucho mejor que yo á ese niña, y teneis razon; no ha nacido para ser mia.

M. Lorry contemplaba con extremado asombro al abogado que le cogió del brazo y le llevó á la puerta con ademán de proteccion.

— Os doy las gracias por vuestros informes y consejos, le decia M. Stryver. Estoy muy ocupado. ¡Adios! Ya sabéis que teneis en mí un amigo deseoso de servirlos.

El anciano estaba en la calle y aun no habia vuelto de su asombro, y mientras hacia esfuerzos para explicarse lo que acababa de ver y oír, el abogado estaba reclinado en el sofá, guiñando el ojo al techo con sonrisa de satisfaccion y orgullo.

CAPITULO XIII.

UN HOMBRE GROSERO E INSENSIBLE.

Cartone podia haber brillado en alguna parte, pero á buen seguro que no era en casa del doctor.

Sus visitas eran frecuentes; pero su aspecto hurano y sombrío le hacia parecer hombre pacato y desdenoso. Cuando tomaba la palabra, se expresaba con buen criterio y hasta con elocuencia; pero raras veces dejaba vislumbrar su máscara de indolencia la luz que brillaba en su alma. Y sin embargo, era tan aficionado á las cercanías de aquel asilo de paz, que hasta amaba las piedras de sus calles.

¡Cuántas noches habia pasado paseándolas cuando la embriaguez no le distraía de sí mismo! ¡Cuántas veces le sorprendieron las primeras luces del dia en aquel rincón bendito! ¡Cuántas veces el sol, iluminando poco á poco los campanarios de las iglesias y los grandes edificios, le despertó el recuerdo de las nobles empresas á que debia renunciar! El lecho que tenia en Temple-Court le veia menos que nunca, y si alguna vez, abrumado de cansancio, iba á reposar en él al salir del despacho del abogado, permanecia acostado algunos minutos y se levantaba para ir á recorrer las cercanías de la casa de Lucia Manette.

Era el mes de agosto. M. Stryver, despues de anunciar á Sydney que habia reflexionado, y que no pensaba ya en casarse con una niña frívola y sin fortuna, habia trasportado su finura y su galanteria al Devonshire. El tiempo era hermoso, y el aspecto y el perfume de las flores inspiraban buenos sentimientos á los mas malos, y devolvian la salud á los enfermos y la juventud á los viejos.

Sydney Cartone recorria sin direccion fija su barrio predilecto en una hermosa tarde de agosto, cuando sus pasos vacilantes se animaron de pronto y le condujeron hasta la puerta de la habitacion del doctor.

Lucia estaba sola y trabajaba en el salon, y como nunca habia tratado con franqueza á M. Cartone, no dejó de causarle cierto embarazo el ver que se sentaba cerca de su mesa de labor. Sin embargo, cuando miró al legista con mas atencion al contestar á las frases vulgares que componen el prólogo de una visita, Lucia observó que estaba muy pálido.

— ¿Estais indispuerto? le preguntó con interés.

— No lo sé; la vida que llevo es perjudicial para la salud. ¿Qué queréis esperar de la disipacion y de las noches pasadas en vela?

— ¿No es sensible (perdonad, señor Cartone, si soy indiscreta), no es sensible que hayais adoptado semejante método de vida?

— Es mas que sensible, señorita, es vergonzoso.

— ¿Porqué no cambiáis de vida?

Lucia le dirigió una mirada llena de dulzura, y se quedó sorprendida al ver brotar las lágrimas de los ojos de Cartone.

— No es posible ya, respondió Sydney con voz conmovida; estoy condenado á caer de dia en dia á mayor profundidad en el abismo de mi miseria.

Sydney apoyó el brazo en la mesa, se llevó la mano á los ojos, y no pudo reprimir los sollozos.

Despues de algunos momentos de silencio, y sin necesidad de mirar á Lucia para saber que estaba profundamente conmovida, añadió:

— Perdonad, Lucia; me falta el valor en el momento de revelároslo todo. Pero ¿os dignareis escucharme?

— Con mucho gusto si puedo consolaros, señor Cartone.

— ¡Bendita seais por tanta compasion! dijo descubriéndose el rostro. No temais, no os asuste el oírme, continuó Sydney con voz firme. Ved en mí á un hombre muerto al principiar el curso de sus dias, y cuya existencia pudo haber sido muy feliz.

— No digais eso, señor Cartone; teneis delante de vos la parte mejor de la vida, y estoy segura de que seréis digno de vos, que podreis triunfar de vuestro destino.

— No lo creo, señorita; me conozco demasiado para hacerme ilusiones; pero no olvidaré jamás que habeis

pensado un momento que podria ser algun dia menos indigno de vos.

Cartone vió que Lucia temblaba y afectó serenidad en medio de su desesperacion.

— Suponiendo, Lucia, que hubiéseis correspondido al amor del hombre que está en vuestra presencia, á pesar de la felicidad que le hubiéseis dado, este hombre perdido, este miserable abandonado de sí mismo, solo os habria dado en cambio el pesar y la deshonra. Sé que no os inspiro ningun cariño; pero no lo pido, y siento una satisfaccion al pensar que no puedo inspirarlo.

— Pero ¿no puedo seros útil en nada, señor Cartone? ¿No puedo pagar la confianza que teneis en mí? Porque sé muy bien, añadió Lucia con voz trémula y conmovida, que no hablariais así á otra mujer. ¿Me será imposible arrancáros de esa vida deplorable?

— ¡Ah! señorita, dijo moviendo la cabeza, lo único que podeis hacer es escucharme hasta que termine mi revelacion. Habeis sido la postrera ilusion de mi alma, y siento un placer en decirlo. Por grande que sea mi depravacion, no estoy tan degradado que vos y vuestro padre no hayais evocado en mi recuerdos que me parecian sepultados en el olvido. Desde que os vi, señorita, me atormentaron remordimientos de que no me creia capaz; oigo el murmullo de antiguas voces que á no ser por vos estarian silenciosas, y tengo vagos deseos de entrar en lucha, de sacudir mi pereza, de salir de la senda de los excesos, y de principiar otra vez á vivir. Todo esto no es mas que un sueño, y al despertar me encuentro en el mismo sitio que antes; pero tenia necesidad de decirlos que sois vos la que me ha hecho soñar.

— ¿Porqué no aprovechais tan buenas inspiraciones? Tened ánimo, señor Cartone, y no cejéis en la lucha.

— No puedo, señorita, y soy indigno de excitar vuestro interés. Sin embargo, tengo la debilidad de querer que sepais que habeis tenido poder para trasformar de pronto un monton de ceniza en un fuego ardiente que no obstante, participando de mi pobre carácter, no da calor ni luz, y se consume sin provecho para nadie.

— Pues así tengo el pesar de haber aumentado vuestra desgracia...

— No digais eso, Lucia, porque me hubierais salvado á haber sido posible mi salvacion.

— Ya que, segun vos decís, ejerzo en vos una influencia tan poderosa, permitidme que la emplee en beneficio vuestro, señor Cartone. No sé si me entendeis; pero ¿tendré el poder de aumentar vuestro dolor sin conseguir prestaros un servicio?

— ¡Oh! no... no, Lucia; vos me dais el único bien que puedo aun sentir. En medio de las locuras de mi existencia recordaré eternamente que abrí á vos por última vez en el mundo mi corazon, y que habeis encontrado en él alguna cosa que os inspira pesar y compasion.

— Alguna cosa, señor Cartone, que creo capaz de cuanto hay mas noble en la tierra.

— Os doy gracias por vuestro error que no puedo aceptar. Pero... perdonad... os estoy afligiendo. Una palabra tan solo: cuando me acuerde de esta conversacion, ¿podré tener la certeza de que mi última confidencia reposa en el fondo de vuestra alma, y nadie la sabrá?

— Os lo juro.

— ¿Ni aun el hombre á quien ameís como á vos misma?

— Es secreto vuestro y no mio, respondió Lucia despues de un momento de silencio, y prometo respetarlo.

— Gracias... El cielo os proteja.

Sydney aplicó sus labios á la mano de Lucia y se dirigió á la puerta.

— No temais, dijo retrocediendo, que vuelva á hablaros nunca de lo que os he dicho hoy. Ni siquiera haré la menor alusion. A la hora de mi muerte, renacerá el recuerdo sagrado, y bendeciré con toda mi alma á la mujer de quien me he despedido hoy por postrera vez, y cuyo corazon indulgente no olvidará mi nombre, mis faltas y mis miserias.

(Se continuará.)

Los enfermeros voluntarios.

Un jóven francés que ha asistido como simple curioso á algunos de los grandes episodios de la guerra de Italia, M. J. H. Dunant, ha publicado con el titulo de *Recuerdo de Solferino*, un libro que ha obtenido el éxito mas feliz. M. Dunant, testigo de la lucha y de la victoria, ha visto el campo de batalla cubierto no solo de muertos sino de heridos, presa de los dolores mas crueles; ha podido visitar varios de aquellos hospitalillos improvisados donde se cuida á los amigos y á los enemigos con igual solicitud, pero donde á veces son insuficientes los medios de socorro en los primeros momentos, y guiado por un espíritu de observacion y por un sentimiento de humanidad que le honran en extremo, se ha preguntado en vista de tantas escenas de dolor, si no habria posibilidad de aumentar la suma de esfuerzos consagrados á aliviar y á curar al soldado herido en el campo de batalla.

No hay duda que ha podido presenciar nobles ejemplos fuera del servicio de sanidad de los ejércitos, actos voluntarios de beneficencia y caridad cristiana dignos de admiracion y de gratitud; pero se ha dicho no obstante, si á imitacion de esas enfermeras voluntarias que

se llaman hermanas de la caridad, no podrían formarse asociaciones de hombres que en tiempos de guerra se consagrarán igualmente á las funciones de enfermeros, á fin de ayudar á los cuerpos de sanidad militar.

« ¿No habría medio, dice el generoso autor, de fundar en todas las naciones sociedades permanentes de socorros que tendrían por objeto prestar ó hacer prestar socorros á los heridos durante la guerra? »

Semejante idea era muy propia para llamar la atención de las naciones, sobre todo de aquellas cuyos ejércitos tienen bajo este punto de vista una organización más ó menos imperfecta.

Por esto se ha propagado rápidamente, y mientras en América se ha aplicado sobre la marcha el pensamiento de M. Dунant, formándose dos sociedades voluntarias en Nueva York, la una bajo el nombre de *Comision de sanidad*, para cooperar á la obra del gobierno y suplir lo que pueda faltar, y la otra de *Comision cristiana*, para hacer el servicio de enfermeros en el campo de batalla en Europa, se ha celebrado un congreso internacional en Ginebra en los días 26, 27, 28 y 29 de octubre, al que enviaron delegados casi todos los Estados de la Europa. Hé aquí la lista por orden alfabético:

Austria. — El doctor Unger, médico mayor del ejército austriaco.

Baden. — El doctor Steiner, médico mayor.

Baviera. — El doctor Dompierre, médico principal de la artillería bávara.

España. — El doctor Landa, cirujano mayor.

Francia. — M. de Preval, sub-intendente militar; el doctor Boudier, médico principal, y Martial Chevalier, cónsul de Francia en Ginebra.

Hanover. — El doctor Oelker.

Hesse. — El comandante de batallón Brodrück.

Italia. — Señor Capello, cónsul en Ginebra.

Orden de San Juan de Jerusalén. — El príncipe Enrique de Reuss, delegado por el príncipe Carlos de Prusia, gran maestro de la orden.

Países Bajos. — El doctor Basting.

Prusia. — El doctor Husselle, del ministerio de Negocios extranjeros.

jos de considerar esta tentativa como una inmisión en sus dominios administrativos, no han visto por el contrario sino una idea filantrópica digna de ser estudiada y fomentada.

En las cuatro sesiones que han tenido lugar, se ha obtenido un resultado importante. La conferencia ha adoptado sucesivamente las proposiciones contenidas en los principales artículos del proyecto de convención que le fué presentado, el cual tiene por objeto crear en cada país un comité nacional cuyo mandato consista en remediar por cuantos medios estén á su alcance, la insuficiencia en ciertos casos, del servicio sanitario admi-

Rusia. — M. Kiriew, edecan del gran duque Constantino.

Sajonia. — El doctor Gunther, médico mayor.

Suecia. — El doctor E. Sköldberg, intendente del material medical del ejército sueco.

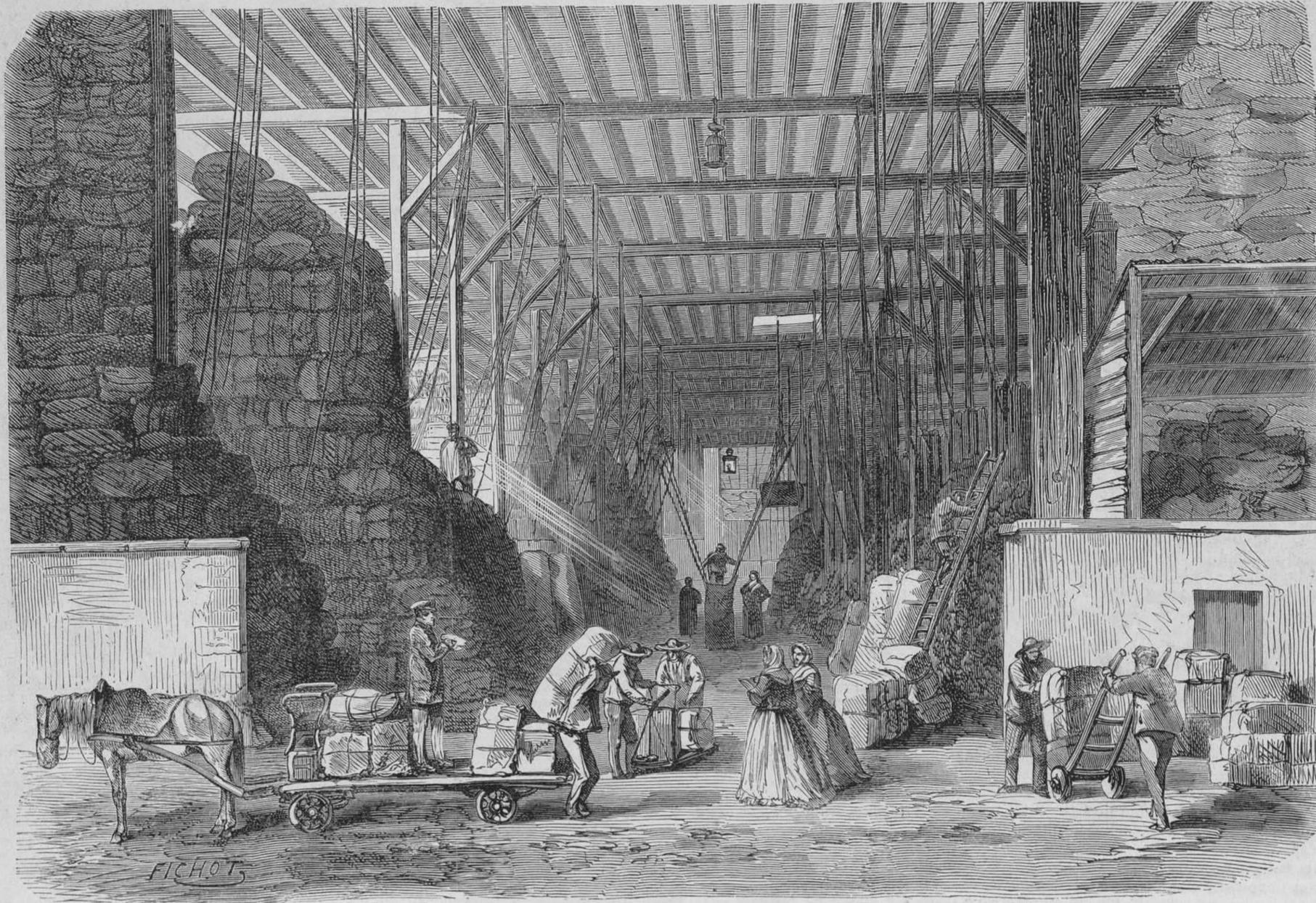
Suiza. — El doctor Lehmann, médico mayor del ejército federal.

Habia además otros delegados de diferentes naciones y sociedades, y los miembros del comité principal ginebrino, iniciador de la conferencia: — eran el general Dufour, G. Moynier, y los doctores Mannoir y Appia, con M. Enrique Dunant por secretario.

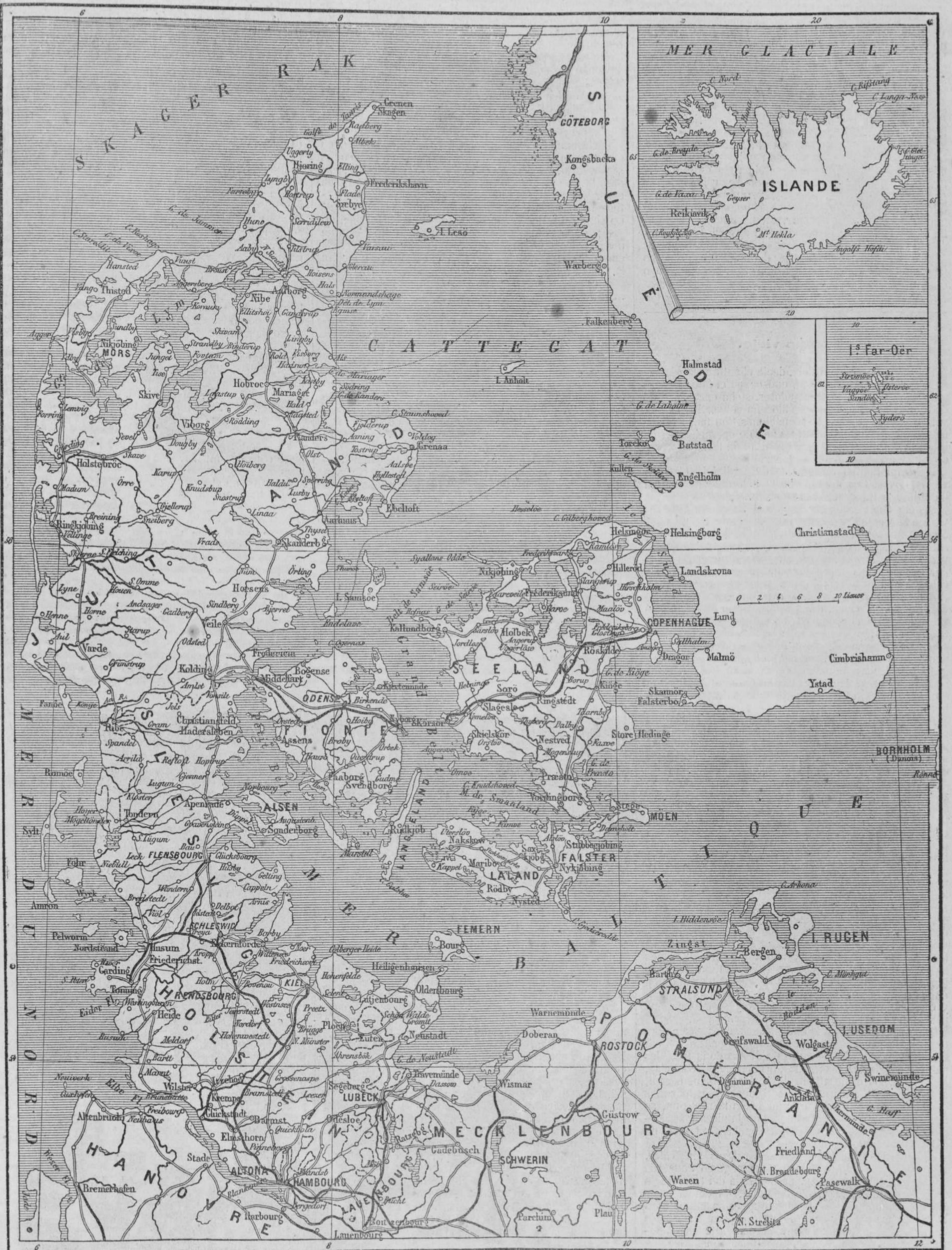
Un concurso solemne de las potencias de la Europa manifestándose por el envío de delegados notables á la conferencia internacional de Ginebra, es sin duda un hecho considerable que debe infundir las mejores esperanzas para la realización del proyecto humanitario de M. Dунant. Es evidente pues que los gobiernos le-



El brazal blanco. — Enfermeros voluntarios suizos.



Los almacenes de trapo viejo de MM. Souchaix y Louvet en la Chapelle-Saint-Denis.



Mapa de los ducados del Schleswig-Holstein. — (Véase el número 573.)

nistrativo en los ejércitos en campaña. — Cada comité deberá naturalmente contar con la aprobación de su gobierno. — En tiempo de paz los comités se ocuparán de las mejoras que puedan introducirse en la ejecución

del servicio de sanidad militar, como la instalacion de hospitales de sangre, trasporte de heridos, etc., y cuidaran de su realizacion con el apoyo de los cuerpos de sanidad. — En tiempo de guerra los comités de las na-

ciones beligerantes suministrarán socorros a sus ejércitos respectivos, y atenderán particularmente a la formacion de cuerpos de enfermeros voluntarios. — Estos cuerpos seguirán a los ejércitos, sin ocasionarles nin-

guna molestia ni gasto, pues habrán de disponer de medios particulares de transporte, así como tendrán sus viveres, sus provisiones de medicamentos y de socorros de toda clase. — Por último, estarán á la disposición de los jefes de los ejércitos, que no los utilizarán sino en caso de necesidad; durante su servicio activo estarán sometidos á la misma disciplina que los enfermeros ordinarios; llevarán en todos los países un uniforme ó una señal que les distinga (un brazal blanco con una cruz encarnada); su persona será sagrada, y los jefes militares les darán la protección debida.

La conferencia internacional al terminar sus tareas, ha formulado votos para que las resoluciones adoptadas por ella sean trasmitidas á los gobiernos de todos los países, llamando su atención acerca de su importancia para el bien de la humanidad, y nosotros creemos cumplir con un deber sagrado manifestándolo así por el órgano del *Correo de Ultramar*, atento siempre en señalar á sus lectores todo aquello que directa ó indirectamente pueda interesarles.

El doctor Appia es el inventor del uniforme del cuerpo de enfermeros voluntarios suizos, organizado ya, cuyo dibujo publicamos. C. F.

El trapo viejo.

Con nada no se hace nada, decía el antiguo aforismo; pero hé aquí que el trapero, que ocupa el último escalon en la clase de los trabajadores, se ha encargado de desmentir aquel principio de filosofía convertido en proverbio por la sabiduría de las naciones. Con nada se hace algo, se constituye todo un mundo de operaciones y de intereses donde se mueve un ejército de trabajadores y donde se cruzan muchos millones.

Hubo un tiempo en que se desperdiciaba el trapo viejo; hoy el trapero escarba el lodo del arroyo para descubrir la riqueza. En esos residuos arrojados de las casas él encuentra oro, y cuando al ser de día pasa revista á sus hallazgos, estos van por conductos diversos á crear nuevos productos de todo género.

Si se considera atentamente toda la galería industrial, veremos por todas partes al trapero que penetra en ella por la puertecilla falsa. La papelería, las filaturas, la cristalería, la ferretería, los productos químicos, los cueros, los abonos, etc., etc., son tributarios del gancho del trapero. ¿No es el trapo viejo la base de la papelería, que bajo el doble punto de vista intelectual é industrial representa el interés mas vital de nuestra civilización? Al llevar su canasto al fabricante de papel, el trapero puede decir que hace los libros, como el soldado la Rissole decía que había muerto al almirante Ruyter porque había presentado la mecha que dió fuego al cañón cuyo disparo acabó con la vida del almirante holandés.

La importancia del trapo viejo en la fabricación del papel es bien conocida, pero la explotación del trapo en general ha tomado tal incremento, que el público está muy lejos de recelar lo considerable que son los negocios de esta industria.

A la hora presente, con los progresos que ha realizado la ciencia y con las máquinas perfeccionadas que se han inventado, no hay residuo que el trabajo no pueda utilizar. La borra de seda se arrojaba en otro tiempo con desden; y hoy existen muchos establecimientos montados exclusivamente para trabajar todos los desperdicios de la seda.

Hemos querido visitar un centro especial para darnos cuenta de las variadas operaciones que abraza la industria del trapo viejo, y la casa de MM. Souchaix y Louvet en la Chapelle (Paris), nos ha demostrado lo considerable y minucioso á la vez que es este trabajo de que no hay una idea.

Hemos recorrido en toda su extensión los inmensos almacenes de MM. Souchaix y Louvet, cuya vista damos en este número. Ante todo, observaremos que estos señores no comprenden en sus operaciones mas que una de las ramas de este comercio, el trapo viejo de lana, y que este solo producto se escoge y se descompone para crear mas de cien artículos diferentes.

Todo esto pasa por una multitud de manos y se amontona como por encanto en los almacenes. Se ven allí montañas de trapos, todos los productos de la lana, los paños, las franelas, las mantas, los merinos, las medias, las sargas, los orillos; todos los colores, blanco, azul, castaño, verde, encarnado, amarillo y negro; todas las calidades, desde la mas inferior hasta la mas fina, se reducen á añicos tan diminutos, que la pieza mas hermosa de los almacenes de MM. Souchaix y Louvet no cubre la mitad de la mano.

Ahora bien, removiendo estos retazos sin valor, MM. Souchaix y Louvet hacen un negocio anual de cuatro millones de francos. La industria del trapo viejo representa en efecto, y solo en Paris, un comercio de 50,000 francos cada día; pero esto no es bastante ni con mucho; para realizar la cifra de negocios en trapo viejo de lana, MM. Souchaix y Louvet recorren todos los departamentos y se hallan en relaciones constantes con todos los capataces de traperos que hay en Francia.

Tenemos pues en este comercio tres grados de explotación, á saber: el trapero que recoge el producto; el capataz á quien este le vende, y el comerciante al por mayor que llega á ponerse en la línea de las primeras casas de Paris, como el establecimiento de MM. Souchaix y Louvet.

¡Cosa extraña! Al pronto se creeria que el beneficio

de estas operaciones debe ser inmenso. No es así; examinando exactamente el fondo de las cosas, podemos asegurar que los que comercian en trapo viejo y quieren ganar mucho haciendo pocos negocios, se pierden irremisiblemente. Es preciso imitar á los ingleses que se contentan con ganar poco, pero que aumentan sus beneficios multiplicando sus operaciones.

— ¿Y á dónde va el trapo viejo? se me preguntará.

— Va á las fabricas de donde ha salido.

— El paletó que lleva Vd. encima, me decía M. Souchaix, proviene quizá de mis almacenes.

Las manufacturas de productos finos desdeñaban en otro tiempo el trapo viejo; hoy todos lo emplean con el mejor éxito. El trapo viejo no sale de un círculo; cae para levantarse; muere para renacer; se transforma sin cesar y no se pierde nunca. Los últimos hilos de los vestidos que hoy llevamos se pasearán todavía dentro de un siglo sobre los hombros de nuestros descendientes.

« ¡Qué de cosas grandes en las pequeñas! » decía un día Napoleon I, viendo reunir en una hoja tan delgada como un papel ordinario mil hojas de oro. ¿No inspira la misma reflexión el trapo viejo? H. C.

Una visita á la Malmaison.

I.

La hacienda de la Malmaison fué vendida por M. Lecouteux á madama Bonaparte, mientras que su marido ejercía el mando en Egipto. Era entonces una morada muy modesta. Los pequeños cuarterones de las ventanas del primer piso que dan al corral y que todavía se ven hoy, prueban que allí no había penetrado el lujo moderno. La melancolía de su posición, la lozana verdura de su parque no influyeron nada en la elección que esta señora hizo de aquel retiro; pero estaba á poca distancia de Paris, y además M. Lecouteux se avenía á recibir únicamente una corta suma á cuenta de los ciento sesenta mil francos; y es sabido que la buena Josefina gustaba poner á prueba su crédito.

Apenas se estableció madama Bonaparte en su nueva compra, se dedicó á hermosearla encomendando este cuidado á los primeros artistas. Quiso la buena suerte que á su vuelta de Egipto, Bonaparte le tomara cariño y aprobara los gastos ordenados por Josefina, encanizado con la idea de poder descansar de las fatigas de su campaña de ultramar en tan pacífico sitio.

Historia muy interesante sería la de esta pequeña quinta en que han nacido tantas inspiraciones gloriosas, tantas ideas gigantescas que han puesto al mundo en movimiento, donde se ha representado la comedia de una corte, ridicula en un principio, tan imponente después; donde se ha consumado la gran tragedia de la abdicación y de la última despedida de Napoleon á la Francia, etc., etc. Pero el honor de contar tan grandes cosas les toca á los primeros talentos. Yo me limito á pintar la impresión que he conservado de mi visita á Napoleon en 1802.

Estábamos en el apogeo, no de la grandeza, sino de la gloria de Napoleon. Después del tratado de Luneville que nos entregaba toda la orilla izquierda del Rhin hasta la Holanda; cuando nuestros museos se enriquecían con las obras maestras conquistadas sobre la Italia; á la vuelta de Marengo, y cuando los partidos mas encontrados, los enemigos mas sañudos no podían dejar de confesar la gloria de Bonaparte; cuando se paraba á los oficiales en las calles de Paris para hacerles contar el paso de los Alpes, la alegría de todo el ejército á la llegada del valiente general Desaix, su desesparación al verle caer mortalmente herido en el momento mismo en que una hábil maniobra y una carga de su division acababan de asegurar el buen éxito de la batalla; como el primer cónsul había exclamado lleno de desconsuelo al saber esta desgracia: « Mi buen Desaix había deseado siempre morir así; pero ¿es posible que la muerte oyera tan pronto sus votos! » y el sepulcro, por último, que había mandado hacer para su compañero de armas en la cumbre de San Bernardo, como queriendo elevar su ilustre nombre en la tierra á la misma altura en que le colocaría la historia.

No es posible formar una idea de aquella vuelta de Marengo; apenas la supo el pueblo, los patios, el jardín de las Tullerías, los pretilos inmediatos, el Puente Real desde donde se podían ver las ventanas del primer cónsul, todo se llenó de una multitud que gritaba: ¡viva Bonaparte, viva el vencedor de Marengo! Era una embriaguez de gloria que se extendía á todas las clases. Entre aquella turba alborozada se echaban de ver mujeres cuyo traje indicaba una condición elegante, y á quienes el deseo de contemplar al héroe del día había traído á mezclarse con el pueblo. Dos mujeres muy bonitas que vivían en mi casa habían obligado á sus maridos á conducirlos al terrado de las Tullerías para ver á Bonaparte, que accediendo á las aclamaciones populares, se asomaría sin duda al balcón de palacio; yo tenía grandes ganas de acompañarlas, porque me convenía á mí misma de no haber parado bastante la atención en Bonaparte, cuando me encontré con él en casa de madama Fondrede y de madama Tallien; estaba impaciente por volverle á ver; pero no me permitieron cometer esta imprudencia: lo cual avivó naturalmente el deseo que tenía de contemplar aquella frente radiante de gloria.

El año siguiente se me ofreció esta ocasión á causa de un negocio que ocupaba entonces á casi todas las fa-

milias. Hacia tres meses que solicitaba la vuelta á Francia de mi tío, el marqués de B..., valiente oficial del ejército de Condé, á quien su edad y sus heridas obligaban á tomar su retiro y buscar el reposo cerca de su familia; mas de una vez había ya puesto á contribución la amistad de madama Tallien con el objeto de alcanzar este favor del gobierno, y la molestaba nuevamente para que hiciese valer para este fin el crédito de sus amigos, cuando me dijo:

— ¡Ay! ya pasó el tiempo en que podía yo hacer esos servicios: no sé en lo que consiste, pero lo cierto es que Bonaparte no es ya el mismo conmigo; trata de desviarme de Josefina, la cual no viene ya á verme, ni me convida para la Malmaison; mi hija, la ahijada de madama Bonaparte, es todavía bien recibida allí; pero apenas le hablan de mí, y no puedo adivinar la causa de semejante frialdad. Se la he preguntado á Duroc y á Bourienne, y los dos me han respondido como indicándome que la sabían, pero que no querían decírmela. Se me figura que acaso Josefina os la manifestaría á vos.

— Eso no es probable, respondí; la conozco muy poco, y no tengo derecho alguno á su confianza.

— Digoos que sí; ella no ignora el interés que os tomáis por mí, y estoy segura de que tiene tanta impaciencia por sincerarse de su mudanza conmigo como yo deseo de saber la causa. Teneis un pretexto muy bueno para pedirle una audiencia á fin de obtener la gracia que solicitais. Voy á daros un billete que hará que seáis bien recibida por ella: porque no dudo de la amistad que me profesa, á pesar de cuanto se trabaja por desunirnos. Me encomiendo á vos para que abogéis por mi causa, ya adivinando los cargos que se me hacen, ya recibiendo esta revelación de la boca misma de Josefina.

Yo prometí poner todo el celo y habilidad que supiese para desempeñar este encargo bastante espinoso, pero cuyos inconvenientes estaban hartamente compensados á mis ojos con el gusto de ir á la Malmaison, de admirar allí todo cuanto Bonaparte había añadido para convertirla en un lugar de delicias, y con la esperanza de verle á él mismo en persona.

Dos guardias consulares, vestidos de hermosísimo uniforme y situados en los dos pabellones de la primera reja, daban á conocer la morada del vencedor de la Italia. Mientras que atravesaba la larga alameda que separaba aquella soberbia entrada del patio de la quinta, me encontraba con tantos oficiales, unos que iban y otros que venían, que me creí en medio del ejército. Dos edecanes del emperador, M. Lacuée y M. Savary, paseaban del brazo hacia el lado en que estaba la biblioteca del primer cónsul, hablando con tanto calor que no ponían ninguna atención en lo que pasaba en derredor suyo. Rustank, el mameluco, acariciaba á un hermoso caballo árabe que iba á montar para acompañar á su amo á Paris. En el patio esperaba un carruaje nuevo con cohero y lacayo notabilísimamente vestidos, aunque sin librea, cerca de un humilde coche de alquiler que acababa de traer unos artistas á la quinta. El tren, suntuoso para un tiempo en que, exceptuando los ministros y los advenedizos, todos iban á pié ó en coches por asientos, era igual al de M. de Tayllerand. Muchos caballos de silla tenidos de la brida por soldados ó aldeanillos, pateaban con impaciencia en medio de los criados de la casa que pasaban por el patio en todas direcciones. Aquello era una bulla, una actividad, una agitación continua que daban cumplida idea de la influencia de aquel rincón de la tierra en el movimiento de toda la Europa.

Al entrar bajo el peristilo, entregué el billete de madama Tallien á un ayuda de cámara que fué inmediatamente á llevarle á su ama; estaba todavía en su tocador, y me hicieron pasar á un salon donde fui recibida por madama de Luzay, una de las cuatro damas otorgadas por los cónsules á madama Bonaparte para ayudarle á hacer los honores del palacio de las Tullerías. Las otras tres eran madamas de Remusat, de Talouet y de Lauriston; era un principio de corte soberana que debía preparar las grandezas de la corte imperial.

Al cabo de un cuarto de hora de una conversación vaga y distraída en que madama de Luzay no pensaba mas que en adivinar lo que me llevaba á la Malmaison y yo en ocultárselo, vinieron á decirme que madama Bonaparte me invitaba á subir á su cuarto. El billete de madama Tallien le decía seguramente que podía hablarle con toda confianza, y el recibirme en su cuarto era por huir de la etiqueta á que la sujetaban ya. Lo que fijó mi vista al entrar fué la desmesurada cama conyugal que ocupaba gran parte de la habitación.

— ¿Os admira eso? dijo madama Bonaparte adivinando mis pensamientos; pero vivimos como en tiempo de nuestros padres. Así lo quiere Bonaparte.

— Es una prueba mas de su buen gusto, respondí con bastante necesidad.

Pero Josefina, que daba mucha importancia á que creyesen que era adorada de su marido, quedó encantada con esta respuesta estólida. En seguida se puso á hablarme, y como para echarle á un lado, del asunto de mi tío, y me prometió recomendarle á Bourienne, quien lo haría á Sieyes, el cual lo haría á su vez á Fouché, y este se lo manifestaría al primer cónsul.

Le hice observar que me parecía mucho mas sencillo y conveniente que le dijera ella misma una palabra á este último.

— ¡Oh! sería seguramente echarlo todo á perder, replicó; vos no sabeis por lo visto que me tiene expresamente prohibido mezclarme en ningún negocio y presentarle petición alguna. No puedo llegar á él sino por

mil rodeos, y no sería mejor escuchada de los ministros si le obedeciesen exactamente; pero tienen miedo de disgustarme, y el temor de que me valga contra ellos del ascendiente que tengo á veces sobre él me los tiene muy favorables. Sin embargo, yo estoy lejos de ejercer con ellos el ascendiente que Teresa ejercía con los directores.

Este nombre de madama Tallien, pronunciado en tono amistoso, me pareció de muy buen agüero.

— ¡Cuántos servicios ha hecho! añadió madama Bonaparte; ¡cuántas familias tiene salvadas! empezando por la mía, porque sin ella sabe Dios cuál hubiera sido la suerte de mis hijos y la mía. ¡Oh! estád muy persuadida, señora, de que no la he olvidado, y que me asisten razones muy imperiosas para no repetirle con mayor frecuencia lo que digo aquí; pero ya no soy dueña de mis acciones... Bonaparte, al admitir este cargo de jefe de la república, se ha impuesto nuevos deberes. Quiere restablecer el orden... los antiguos usos... castigar severamente las dilapidaciones... y su cólera contra ciertos asentistas es tal que tiene odio á todas las personas... Ya entendeis ¿no es verdad?

— Entiendo, señora, que es muy cruel incurrir en su desgracia, cuando envuelve la de no veros á vos tampoco.

— ¡Oh! Bonaparte no va hasta prohibirme toda clase de relaciones con Teresa. Sabe lo que le debo, y no quiere que sea ingrata; pero me exige que ponga de acuerdo lo que exigen la amistad y el reconocimiento con el bien parecer y las consideraciones que le impone su clase de jefe del Estado, y particularmente con su antipatía hácia los asentistas. Estoy cierta de que si madama Tallien rompiera de repente con M. O... (1), Bonaparte la recibiría aquí como la recibía en otro tiempo en la calle Chantier... ¡Oh! si pudiérais decidirla á este sacrificio... ¡cuanto os lo agradecería!...

Respondí que mi intimidad con madama Tallien, que remontaba al tiempo en que nos habíamos encontrado en el colegio donde habíamos sido criadas juntas, no alcanzaba á autorizarme para entrometerme cerca de ella en intereses tan delicados; prometí sin embargo ponerla en buen camino pintándole la aversión del primer cónsul por M. O...

Madama Bonaparte me hizo además para su antigua amiga otros encargos mucho más fáciles; contaba conmigo, dijo, para pintarle su nueva vida y las variaciones hechas en la Malmaison; llegó hasta enseñarme su aderezo de camafeos antiguos que Bonaparte le había traído á su vuelta de Milan, y el famoso collar de perlas que había adornado el cuello de alabastro de Maria Antonieta; aquel collar vendido en secreto por 250,000 francos á Josefina por el joyero Foucier, y que el día que se le puso por primera vez, había atraído la atención de Bonaparte hasta el punto de hacerle exclamar:

— ¡Dios mio, qué hermosa estás! ¿De dónde te han venido esas perlas? Me parece que no las conozco.

— ¡De veras! Diez veces las tienes vistas, respondió Josefina con seguridad. Es el collar que me ha dado la república Cisalpina. Preguntásele si no á Bourienne.

Y Bourienne, sabiendo muy bien que aquellas reales perlas no se parecían en nada al *mezquino vasallaje* enviado por la república Cisalpina, afirmó todo lo que quiso madama Bonaparte. Los doscientos mil francos, adelantados primero por el ministro de la Guerra, fueron reembolsados después con todas las deudas de la emperatriz; porque la buena Josefina se apasionaba de las deudas como otros se apasionan del dinero, y se habría dado el gusto de contraerlas aunque el emperador hubiese puesto á disposición suya el tesoro sepultado en los sótanos de las Tullerías.

Encantada con enseñarme todas sus riquezas para que pudiese contarlas, me condujo á sus hermosos invernaderos. Allí vinieron á avisarla que MM. Isabey y Alejandro Duval habían llegado é iban á empezar la función. Yo me preparaba á retirarme discretamente.

— ¿Porqué os habeis de ir? dijo: Duval es amigo vuestro, y se alegrará de consultaros sobre la piececita que ha compuesto para nosotros; es una sorpresa que guardamos á Bonaparte para el día de su cumpleaños, y aquí entre nosotras, puedo deciros que también es por hacerle volver un tanto de sus antiguas preocupaciones contra el autor de *Eduardo en Escocia*. Por más que le hemos repetido que Duval está muy inocente de las aplicaciones que han querido hacer los partidarios del antiguo régimen, y que ese buen duque de Choiseul ha tenido la sinrazón de acoger con sobrado calor, Bonaparte cree siempre que el autor contaba con estas alusiones realistas para asegurar el buen éxito de su pieza, y en la esperanza de destruir esta idea suya, ha propuesto Isabey á Duval que escribiese la pequeña comedia que se va á ensayar en tanto que Bonaparte asiste al consejo en las Tullerías.

— ¡Va á marcharse! exclamé yo! ¡ah! ¡si á lo menos pudiera verle pasar!...

— Haced otra cosa mejor: seguidme, entremos en el gran salón, y no tardará en venir á despedirse de mí. Os presentará á él, y le hablaré de vuestra impaciencia por volverlo á ver. Esto le lisonjeará mucho.

Dí sinceras gracias á madama Bonaparte porque se prestaba con tanta benevolencia á satisfacer un deseo que me consumía hacia muy largo tiempo, y la seguí á su salón, á aquella especie de templo de la gloria á donde iban ya á saludar al vencedor de Marengo de todas partes del mundo.

(1) Este M. O... es sin duda el célebre M. Owrá, tan conocido en los fastos financieros, el cual estuvo largo tiempo en estrechas relaciones con madama Tallien.

II.

No entré sin sentir una emoción profunda. Encontramos el salón medio lleno de personas de altos grados militares ó civiles que iban á hacer su corte al primer cónsul y á madama Bonaparte. Había entre ellos muchos ministros extranjeros, entre otros, lord Wilworth, el marqués de Luchesi y algunos hombres de la antigua corte, tales como los señores de Segur, Narbonne y el ex-barón de Menou sobre quien estaban fijos todos los ojos; hasta estaban chanceándose por lo bajo contando como aquel último general en jefe del ejército de Egipto se había hecho musulmán del mismo modo que otro se haría tendero, fabricante ú otra cosa equivalente, y había tomado el nombre de *Abdallah-Menou*, no sabiendo que Bonaparte restablecía en aquel momento en Francia el culto católico. Aquella singular apostasia y el descalabro que los ingleses acababan de hacer sufrir al general mahometano, inducían á creer que sería mal recibido del primer cónsul. Pero este, que á todo anteponía el valor, sabiendo que el del general Menou era á toda prueba, lejos de recibirle mal, le nombró al punto gobernador del Piamonte.

Este rasgo prueba cuán indulgente era Napoleón con el ridículo cuando se encontraba acompañado de eminentes cualidades. Su resignación de escuchar los dichos burlescos de la mariscalda Lefebvre es otra prueba de ello. Sabía que eran citados hasta en las cortes extranjeras, para dar una idea del mal tono de los advenedizos admitidos en el círculo de las Tullerías; pero como madama Lefebvre, á despecho de la grosería de su lenguaje, tenía mucho talento y despejo natural, y su marido era una de las glorias del ejército, la mariscalda fué siempre bien recibida y considerada por el emperador y la emperatriz. El genio francés no suele tener esta especie de valor.

Al entrar en el salón, madama Bonaparte se fué en derechura á madama de Montesson á quien madama de Remusat, la hermosa madama de Lauriston, madama de Luzay y madama Talouet hacían los honores de la casa en tanto que volvía la señora de ella. Todas se afanaban á porfía por festejar á madama de Montesson que, á título de viuda no reconocida de un príncipe de la sangre, juntaba los restos de la aristocracia, y de la cual sacaba Bonaparte todos los recuerdos, todos los usos y toda la etiqueta de corte que pensaba ya en hacer revivir. Madama de Remusat, cuyo distinguido y perspicaz ingenio acaso adivinaba demasiado bien los ambiciosos proyectos del primer cónsul, le causaba una especie de embarazo que madama Bonaparte me dijo ser efecto de la antipatía de su marido por las mujeres de talento.

— ¿Y madama Stael? le pregunté.

— La detesta.

— ¡Pues es cosa lisonjera! repuse. Odiar el talento en las mujeres, es reconocerle un gran poder.

— Por eso le echo frecuentemente en cara semejante flaqueza, respondió; pero como ve más que todos nosotros, y sus menores caprichos se enlazan muchas veces con grandes ideas, no me obstino en contrariarlas.

Me admiré de no ver allí á ninguna de las damas jóvenes de la familia del primer cónsul.

— Me aguardan en la sala del teatro ensayando su papel, me dijo en voz baja la emperatriz.

En aquel momento se abrieron con estrépito las dos hojas de la puerta, Bonaparte apareció con uniforme diario de coronel, y seguido de M. de Talleyrand, de Regnault de Saint-Jean-d'Angely, de los generales Marmont, Junot y Berthier, y de los edecanes Savary y Lacuée. Su primer saludo fué para madama de Montesson, á quien prometió concurrir á la fiesta que se proponía dar á la reina de Etruria. Había ya algo de condescendencia real en el tono con que acompañó esta promesa. Madama de Montesson no hubiera recibido con más reconocimiento la autorización de llamarse duquesa de Orleans en el reinado de Luis XVI. Después de algunas cortas palabras dirigidas á los ministros extranjeros, el primer cónsul me saludó mirándome atentamente, como para recordar donde me había visto. Al principio se me sonrió con gracia, después se puso repentinamente serio. Atribuílo al recuerdo de madama Tallien. Entonces sin escuchar lo que decía de mi madama Bonaparte presentándome á él, salió precipitadamente para dirigirse á Paris con su corte íntima. M. de Talleyrand, que no aparentaba nunca apresurarse por nada, se quedó todavía algunos instantes hablando con madama de Remusat, mientras que madama Bonaparte se despedía de madama de Montesson. Luego que se hubieron marchado, se dió orden de despedir toda visita intempestiva, y seguir á la futura emperatriz hasta la pieza del teatro.

— Ocultaos ahí, me dijo haciéndome sentar en un oscuro rincón de la sala. Es preciso que no sepan que estais aquí; esto intimidaría á nuestras jóvenes principiantas.

Desde el oscuro sitio en que me había colocado Josefina, oí que se movían á poca distancia de mí. Era M. Deschamps, el futuro secretario de órdenes de la emperatriz, y su amigo M. Desprez que ha ejercido después el mismo empleo cerca de la reina Hortensia. Eran los dos muy alegres, de mucho ingenio, y no estaban todavía esclavizados por aquella humilde circunspección ajena á los cargos inferiores de corte; sin embargo, se recataban también, no como yo para no incomodar á los actores, sino por huir de las amistosas llanezas del autor que no ignoraban había incurrido en

la desgracia del amo. Sabían que Duval era un mal cortesano, y pensaban con razón que no había prodigado suficientemente la lisonja en su pieza de circunstancias para hacer olvidar el éxito de *Eduardo en Escocia*.

Madama Murat, madama Luisa Bonaparte, y las señoras Auguié, después la mariscalda Ney y madama de Broel estaban, me parece, en la escena; tenía tan puesta la atención en las actrices, que no hice mucho alto en la comedia. Parecióme que Hortensia representaba maravillosamente; madama Murat, hermosa y fresca como la primavera, cantaba en falsete y declamaba del mismo modo, aunque su manera de accionar era ingeniosa; pero sus entonaciones tenían la incertidumbre de las de una discípula que procura coger el tono de su maestro, y pierde así toda la gracia de su voz natural. Las señoras Auguié, la Contat y la Mars, del colegio de madama Campan, tenían sobre las otras dos la ventaja de la experiencia, y demasiado hábito tal vez de la escena. La compañía era generalmente buena.

Pronto me distraje de lo que pasaba en el teatro con lo que me contó M. Deschamps; porque hechos ya nuestros ojos á la oscuridad del rincón en que estábamos, habíamos acabado por reconocernos y distinguir bastante bien todo lo que nos rodeaba.

— Veis, me dijo, aquel aldeano grueso que está allá abajo cerca de la puerta y que el ayuda de cámara del primer cónsul acaba de hacer entrar en el patio con su protección? Pues esta mañana ha tenido una audiencia con motivo de una aventura singular. Por más advertido que viva el primer cónsul con las máquinas infernales, las cajas de tabaco envenenadas y otros avisos no menos seguros de la constante voluntad que tienen sus enemigos de asesinarle, no por eso deja de cometer la imprudencia de exponerse continuamente á caer en algún mal lazo. Hará unos días que salió por la mañana muy temprano vestido con su levita gris, y acompañado únicamente de Duroc para ir á pasearse del lado de la máquina de Marly. Al cruzar un campo, vieron trabajar á un labrador, y habiendo contemplado Bonaparte con atención lo ocupado que estaba en su tarea, le dijo dirigiéndose hácia él:

— Mirad, buen hombre, que el surco no va derecho; ¿no sabeis vuestro oficio?

— No ha de ser vos nunca quien me le ha de enseñar. Bonitamente os encontraríais si hubiésteis de hacer otro tanto.

— Pardiez que no.

— Pues probad, repuso el labrador cediendo su lugar al primer cónsul.

Y hete aquí á este último que agarra el arado, arrea los caballos, se apoya en la reja y empieza á marchar torciéndose hácia todas partes. El buen hombre suelta una carejada, quita la mano que tan mal conducía el arado y vuelve á apoderarse de él diciendo:

— ¿Lo veis? vuestro trabajo no vale un ardite. Andad, cada cual á su oficio; id á pasearos, que es lo que teneis que hacer.

Queriendo pagar el primer cónsul la lección que acababa de recibir, le dijo á Duroc que diera dos ó tres lises al labrador para indemnizarle del tiempo que le había hecho perder. Extasiado el aldeano con aquella buena fortuna, volvió á contarle todo al pueblo. Una aldeana, mas despierta que él, preguntó por el traje de los viajeros. La levita gris es célebre ya, añadió M. Deschamps, y la buena mujer exclamó:

— Majadero, era el primer cónsul, el cabo chiquito; ¿no lo has adivinado?

El buen hombre, estupefacto en el primer momento, quiere reparar su necedad; se pone su vestido del domingo, y viene aquí á pedir el permiso de dar gracias al primer cónsul por el buen regalo que le ha hecho. Su visita ha sido muy bien recibida; Bourienne que la presenciaba acaba de contármela. Cuando hicieron entrar al labrador en el gabinete, sus primeros saludos se dirigieron á la espalda de Bourienne que trabaja junto á una mesa que hay en el hueco de la ventana. El primer cónsul, después de haberle dejado prodigar sus respetos á Bourienne, le dijo riendo:

— Vaya, buen amigo, ¿ha habido buena cosecha este año?

— Salvo vuestro respeto, mi general, ha sido así así, medianilla.

— Para que la tierra produzca, es preciso menearla ¿no es verdad? Los caballeros bien vestidos no valen para este trabajo.

— Sin que esto sea ofenderos, mi general, los señores tienen la mano muy blanda para manejar el arado: son necesarios unos puños muy fuertes para sostener ese chisme.

— Es cierto, respondió el primer cónsul; pero siendo tan alto y robusto debíais manejar otra cosa que el arado, por ejemplo, un buen fusil de munición.

— Mi general, á su tiempo he hecho lo que los demás. Seis años hacia que estaba casado, cuando esos perros de prusianos (perdon, mi general) entraron en Landrecies. Vino la reclusa, me dieron un fusil y adelanté. ¡Ah caramba! entonces no estábamos equipados como esos mocetones que acabo de ver en el patio.

— ¿Y porqué dejasteis el servicio?

— A fe mía, mi general, porque cada uno tiene su turno. Allí había sablazos para todo viviente, y me dieron uno aquí, añadió el aldeano enseñando la parte superior de la cabeza y apartando los cabellos. Después de algunas semanas de curación, me dieron la licencia y me volví con mi mujer y mi arado.

— ¿Teneis hijos?

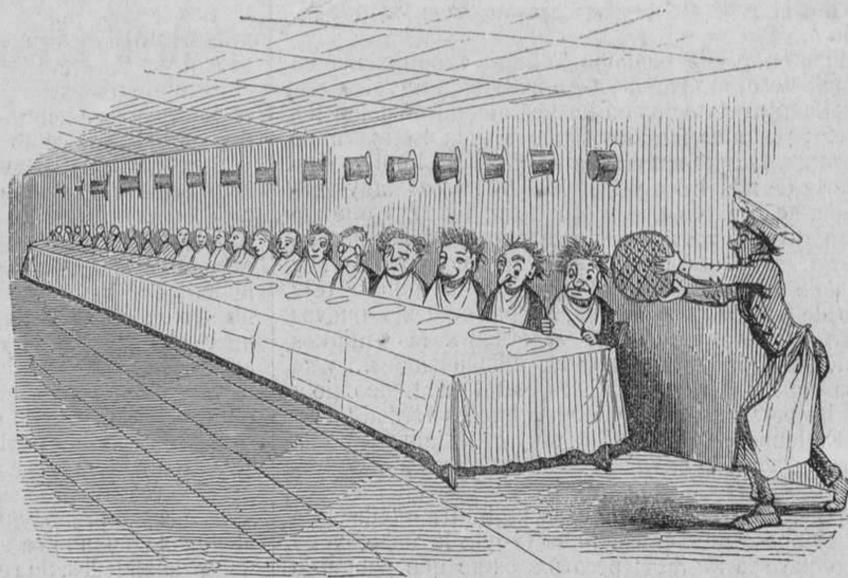
— Tres, mi general; dos chicos y una chica.

— Es preciso hacer militar al mayor de ellos, dijo el

LA FIESTA DEL DIA DE REYES EN PARIS. — Caricaturas por Cham.



Robo de una corona real.



Pretendientes á la soberanía esperando el pastel.



Insignias de la majestad.



Un rey vacilante.

(Véase la Revista de Paris.)

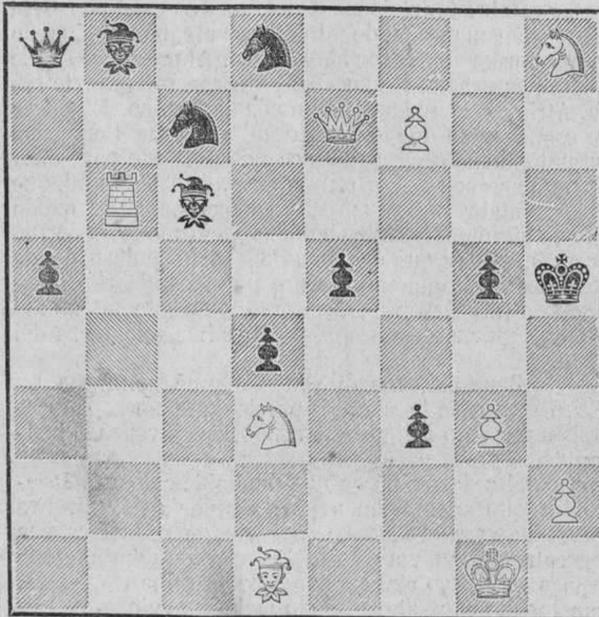
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 93.

- 1 Ra 4ª R come P jaque P come Ra
- 2 C come C R juega
- 3 C 4ª A; 4ª TR ó casilla R jaque-mate.

PROBLEMA NUM. 94, POR M. G. MENENDA.

NEGRAS.

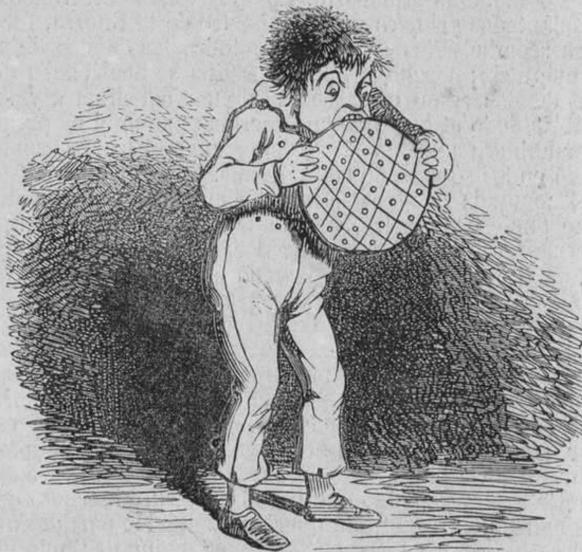


BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cinco jugadas.



Un hacedor de reyes.



Un usurpador.

primer cónsul; si se porta bien, yo me encargaré de él. Adios, buen amigo; cuando necesiteis de mi, volved á verme.

Entonces se levantó el primer cónsul, é hizo entregar algunos luises al labrador por medio de Bourienne. El buen hombre estaba ya en la antesala cuando el general le llamó para preguntarle si se habia encontrado en Fleurus.

- Sí, mi general.
- ¿Pudierais decirme el nombre de vuestro general en jefe?
- ¡Pardiez, ya lo creo; era el general Jourdan!
- Está bien, hasta la vista (1).
- Y ese buen hombre que estais viendo, añadió

(1) En las memorias de Bourienne está citada esta historia.

M. Deschamps, está todavia estático con su buen recibimiento.

— Con tales audiencias, exclamé, no hay porqué admirarse del amor de los soldados al vencedor de Marengo. Hé ahí un hombre que dará alegremente su vida por Bonaparte, en el momento que este manifieste el mas minimo deseo.

— Pues bien, señora, hay seiscientos mil así.

— No es menester tanto para gobernar la Francia, respondí levantandome; porque la llegada de la reina de Etruria y de la princesa de Vandemont acababa de suspender el ensayo, y yo me aproveché de la confusion que causaba aquella real visita en la casa del jefe de la república para salir sin despedirme de madama Bonaparte y volverme apresuradamente á mi carruaje.

S. G.